



Consejo de la
Crónica de
Córdoba



H. AYUNTAMIENTO 2014/17
CÓRDOBA
FUNDADA EN 1618

Crónicas de Córdoba

Segunda época - Número 2 - Agosto de 2016



ASPECTO DEL PARQUE
CÓRDOBA YER.

Crónicas de Córdoba

Segunda época - Número 2 - Agosto de 2016



Consejo de la
Crónica de
Córdoba



H. AYUNTAMIENTO 2014/17
CÓRDOBA
FUNDADA EN 1618

Consejo de la Crónica de Córdoba

MVZ. Jaime Tomás Ríos Bernal
Presidente Municipal

Prof. Rodolfo R. De Gasperín Gasperín
Secretario del H. Ayuntamiento

Dr. Rafael De la Mora Herrera
Cronista de la Ciudad

Dra. Adriana Balmori Aguirre
Quím. Adriana Marengo Sánchez
Ing. Arturo Cessa Camacho
Dr. Carlos Manuel Galán Páez
Periodista Carlos Vergara Sánchez
Arq. Daniel Gómez Escoto
Ing. Ernesto Rivera Pernia
Dr. Felipe Javier Galán López
Historiador Horacio Guadarrama Olivera
Lic. José Manuel Zevallos Paniagua
Profa. Lucía Priego de Magaña
Mtra. María Bertilla Beltrán Malagón
Sra. María Reyna Ríos Domínguez
Lic. Mario González Romo
Arq. Roberto Olavarrieta Marengo
Consejeros

Directorio

Crónicas de Córdoba

Agosto de 2016

Número 2

Segunda época

Revista del Consejo de la Crónica de Córdoba, editada por el H. Ayuntamiento Constitucional de Córdoba, Veracruz, con el propósito de dar a conocer temáticas relevantes de la historia del municipio en sus diversos aspectos. Se aceptan colaboraciones de artículos, reseñas, noticias y comentarios inéditos sobre temas históricos del municipio, aunque su publicación estará sujeta a dictamen previo del Consejo. La veracidad de los contenidos y las opiniones vertidas en los trabajos serán responsabilidad de cada uno de los autores.

Contacto

Dr. Carlos Manuel Galán P.
galland12@hotmail.com

Cuidado de la edición a cargo del Consejo de la Crónica y la Coordinación de Comunicación Social del H. Ayuntamiento de Córdoba.

Foto portada: Parque 21 de mayo, Fotografía: Autor desconocido, colección México Fotográfico, núm. 82.

Foto contraportada: Plaza Mayor de Córdoba (obelisco y estatuas), ca. 1900. Fotografía: Guillermo Kahlo.

Contenido

- 04** Los anticuarios y coleccionistas de los siglos XIX y XX
María Bertilla Beltrán Malagón
- 10** Jornadas heroicas de 1821
María Reyna Ríos Domínguez
- 16** El Parque 21 de Mayo
Adriana Balmori Aguirre
- 22** La nomenclatura de Córdoba
Ernesto Rivera Pernía
- 28** Pablo de la Llave y Fernández de Ávila y la Botánica cordobesa
Carlos Manuel Galán Páez
- 33** Palmeras de mi Parque
Adriana Balmori Aguirre
- 34** Jacinta Carrillo de Fernández de Castro, “la primera profesora”
Adriana Marengo Sánchez
- 38** Remembranza histórica y literaria
Lucía Priego de Magaña
- 40** El Colegio Cervantes en Córdoba: educación para toda la vida...
Roberto de Jesús Olavarrieta Marengo
- 47** Novias de la noche, novias de la luna (a las pitahayas)
Carlos Manuel Galán Páez (Manolo)
- 48** Servicios Médicos Rurales Cooperativos de Córdoba (1954-1964)
Rafael de la Mora Herrera
- 54** 25 años después de Anaversa en Córdoba.
Crónica sobre la presentación del libro *México Tóxico*
Felipe Javier Galán López



Los anticuarios y coleccionistas de los siglos XIX y XX

MARÍA BERTILLA BELTRÁN MALAGÓN

La historia de un espacio se construye a partir de la intervención de una serie de personajes que, de manera directa o indirecta, han dejado plasmadas sus vivencias personales, las cuales se convierten en datos que aportan información, misma que llega a representar una pieza de un rompecabezas que está en constante construcción.

La manera en la que intervinieron tales personajes responde al momento histórico que les tocó vivir. Por tal motivo, en el presente artículo se abordan a los anticuarios y coleccionistas que durante los siglos XIX y XX proporcionaron, a través de reportes, descripciones y dibujos, una serie de datos motivados por su interés en las antigüedades, en el pasado, en lo que fue pero sigue vivo al materializarse en el presente. Sus aportaciones se han convertido en importantes referencias sobre piezas o edificios prehispánicos; evidencias arqueológicas que en la actualidad,

en ciertos casos, presentan algún grado de destrucción y deterioro o se desconoce su paradero, pero que gracias al registro de tales coleccionistas se sabe que en algún momento llegaron a existir.

A continuación se presenta un esbozo de algunos de los anticuarios y coleccionistas, tanto locales como procedentes de otras latitudes, que dejaron el registro de alguna evidencia arqueológica hallada no sólo dentro del actual municipio de Córdoba, sino en poblaciones vecinas al mismo, como Amatlán de los Reyes, Yanga, Atoyac y Cuitláhuac.

Uno de ellos fue Guillermo Dupaix, quien nació en 1750 en la villa de Salm, ducado de Luxemburgo, y murió en 1818 en la Ciudad de México. A los 17 años se incorporó al Regimiento de Guardias de Corps, formado principalmente por extranjeros nobles para servir al rey Carlos III. De un alma aventurera desde joven, viajó por el Mediterráneo para visitar Italia, Grecia y el norte de África, lugares en los que conoció los vestigios arqueológicos de las culturas clásicas. En 1790 alcanzó el grado de capitán y fue comisionado por el rey Carlos IV para cubrir una plaza desocupada en el Regimiento de Dragones de México. Durante ese tiempo conoció parte del centro y sur del territorio novohispano y, en el actual estado de Veracruz, el Cofre de Perote, Orizaba y Huatusco (Poblett, 1992, II: 119).

Llegó a ser un visitante constante de los gabinetes de curiosidades¹ de la Ciudad de México, donde admiraba, dibujaba y discutía el significado de sus adquisiciones. También comenzó a realizar una serie de expediciones particulares por la capital del país y los actuales estados de México, Hidalgo, Puebla, Morelos, Veracruz y Oaxaca, donde recolectó objetos para su propio gabinete, registró los principales monumentos arqueológicos que encontraba a su paso y realizó algunas excavaciones. Tales viajes quedarían plasmados en su *Descripción de Monumentos antiguos Mexicanos* (López Luján, 2011: 72).

Años más tarde, el 27 de agosto de 1804, fue designado por la Corona española para hacer dibujos y descripciones de los edificios y monumentos antiguos de las culturas precolombinas. Los resultados de dicha comisión formarían parte de una magna obra que llevaría por título *Historia general de las Indias*. En esta encomienda también participó el mexicano José Luciano Castañeda, quien había sido alumno de la Real Academia de San Carlos y tuvo la tarea de realizar los dibujos de edificios, esculturas y cerámica que encontraron a su paso (Poblett, 1992, II: 119, 120).

¹ Los gabinetes de curiosidades eran las colecciones que entre los siglos XVI y XVII, principalmente, reunían objetos, plantas, animales y minerales raros recopilados por los viajeros de aquella época.



Figuras 1 y 2. Cabeza, tronco y extremidades inferiores de piedra caliza que parecen corresponder a una misma pieza (Dupaix, 1834).



El 5 de enero de 1805, Dupaix inició un recorrido de cinco meses por los actuales estados de Puebla, Veracruz y Morelos, en los que visitó las zonas de Orizaba, Amatlán, Santiago Huatusco, Cholula y Xochicalco, con el objetivo de recabar información sobre sus antigüedades (Poblett, 1992, II: 119-121). De su visita por la región de Córdoba destaca lo siguiente: en Amatlán encontró los escombros de un adoratorio y, a poca distancia del mismo, en una cueva, halló varios fragmentos de ídolos de piedra y barro cocido, así como figurillas (figuras 1 y 2). Al sureste de la entonces villa de Córdoba, en el puente del río Blanco, reportó una piedra o peñasco llamada Teololinga, posiblemente utilizada por los antiguos habitantes como mojonera o delimitador de territorio, que al tocarla o empujarla con el dedo pequeño se movía, pero que al emplear mayor fuerza quedaba sin movimiento (Figura 3); además, da noticia de otra al oriente de la de Teololinga. Del pueblo de Santiago Huatusco (situado actualmente dentro del municipio de Carrillo Puerto) hace mención de las construcciones de cal y canto localizadas en el antiguo asentamiento, de las que resalta el edificio conocido como El Castillo (Figura 4), que, según Dupaix, pudo haber sido palacio u oratorio; también hace referencia a dos esculturas: la Chicomecóatl o diosa de los mantenimientos (Figura 5) y

una culebra enroscada, así como a pequeñas figuras y un molde de barro cocido con el que, al parecer, hacían uso de la estampa (Dupaix, 1834).

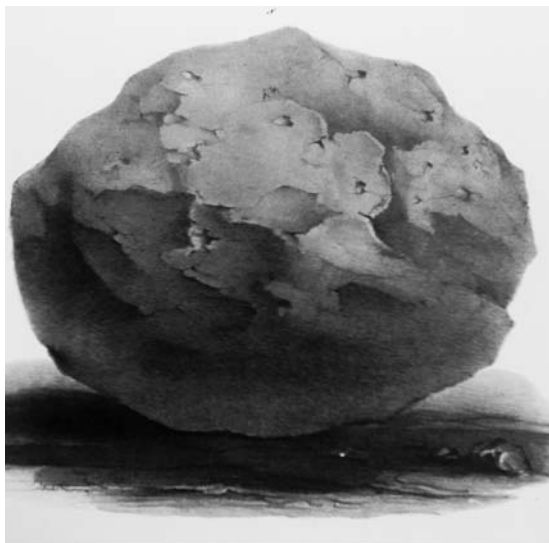


Figura 3. La piedra móvil o Teololinga (Dupaix, 1834).



Figura 4. El Fortín o teocali (Dupaix, 1834).



Figura 5. La diosa Chicomecóatl (Dupaix, 1834).

culebra enroscada, así como a pequeñas figuras y un molde de barro cocido con el que, al parecer, hacían uso de la stampa (Dupaix, 1834).

Muchos años después, en 1917, Carlos Ignacio Betancourt, en ese entonces inspector de la Dirección de Estudios Arqueológicos y Etnográficos, con motivo de un viaje de inspección que llevó a cabo en el estado de Veracruz, visitó Amatlán donde adquirió veintitrés cabecitas de barro procedentes de la cueva del dios Tláloc, ubicada en el cerro de Malostlán, figuras en forma de tigres y fragmentos de obsidiana. Además, Betancourt menciona que en sus alrededores y con más abundancia hacia el sur, se encontraban “teteles”, “ídolos” y “objetos arqueológicos” que demostraban la presencia de antiguos pobladores. De igual manera, arribó a Córdoba donde reportó el sitio de San Francisco y Toxpan, así como la gruta de Atoyac, donde llegó a localizar vasijas de cerámica, entre las que se encontraban cazuelas de un centímetro de espesor y figurillas de barro; sin embargo, la presencia de estalagmitas y estalagmitas le impedirían adentrarse en las profundidades de dicha gruta (Betancourt, 1917a; Betancourt, 1917b).



Posteriormente, en septiembre de 1932, el señor Abel Carrillo Hernández, oriundo de la actual ciudad de Cuitláhuac y en ese entonces pasante de Derecho, reportó a la dirección de Monumentos Prehispánicos la existencia de un monolito en la congregación de Mata Naranja, en el que percibió un dibujo delineado por una hendidura, la cual afecta la forma de un lagarto sobre cuya cabeza se aprecia una silueta de forma humana (Carrillo Hernández, 1932).

En ese mismo año, el sitio arqueológico de Palmillas, localizado dentro del actual municipio de Yanga, fue revelado a la vista de los pobladores de manera evidente al construirse la carretera federal Córdoba-Veracruz, donde fueron removidas, por las máquinas y los trabajadores, esculturas menores, figurillas y estructuras. Parte de estos objetos fueron rescatados por los habitantes del poblado de Palmillas (Morales Carbajal, 2003: 7).

Finalmente, para 1940, en Palmillas, el señor Daniel Cid Villagómez, habitante de esta comunidad, comenzó a formar una colección con piezas arqueológicas que él mismo obtenía de los montículos del sitio (Figura 6); años más tarde estas piezas fueron exhibidas en un pequeño museo que él creó en su domicilio (Morales Carbajal, 2009: 173).

Este breve artículo representa la continuación de la historia cultural de la región de Córdoba en la época prehispánica, la cual dio inicio con la etapa de los viajeros que quedó plasmada

en el número 1 de *Crónicas de Córdoba* (abril de 2016) y que continuará próximamente.

Fuentes

Betancourt, Carlos Ignacio, 1917a. *Itinerario de la visita de inspección en el estado de Veracruz*, Archivo Técnico del INAH, México.

_____. 1917b. *Informe de inspección en el estado de Veracruz*, Archivo Técnico del INAH, México.

Carrillo Hernández, Abel, 1932. *Informe de la existencia de dos monolitos entre los lugares de Matanaranjo y San Juan de la Punta*, Archivo Técnico del INAH, México.

Dupaix, Guillaume, 1834. *Antiquités mexicaines. Relation des trois expéditions du Capitaine Dupaix, ordonnées en 1805, 1806 et 1807, par le roi Charles IV*, Bureau des Antiquités Mexicaines, Imprimerie Jules Didot l'Ainé, Paris.

López Luján, Leonardo, 2011. "El capitán Guillermo Dupaix y su álbum arqueológico de 1794", *Arqueología Mexicana*, México, núm. 109, pp. 71-81.

Morales Carbajal, Claudia, 2003. *Informe técnico parcial de los trabajos del proyecto Palmillas, Veracruz. Temporada febrero-marzo de 2003*, Archivo Técnico del INAH, México.

_____. 2009. "Palmillas, un sitio tardío de la Costa del Golfo", en Yamile Lira López (coord.), *Cincuenta años de antropología en la Universidad Veracruzana. Contribuciones*, Universidad Veracruzana, Xalapa, pp. 167-184.

Poblett Miranda, Martha (comp.), 1992. *Cien viajeros en Veracruz: Crónicas y relatos*. Tomo II. 1755-1816, Gobierno del Estado de Veracruz, Xalapa.



Figura 6. Montículo que forma parte del sitio prehispánico de Palmillas (archivo personal).



Monumento a las Jornadas heroicas de 1821, popularmente conocido como “obelisco”. Foto. Ernesto Rivera

Jornadas heroicas de 1821

MARÍA REYNA RÍOS DOMÍNGUEZ

La villa de Córdoba se mantuvo adicta por más de dos siglos a la Corona de España y al régimen virreinal, en mérito a su origen y fundación, y dejó de estar sometida a ese dominio el 1 de abril de 1821, al rendirse el comandante militar Juan Alcocer y entregar la plaza al ya entonces insurgente coronel José Joaquín Herrera. A partir de esta fecha el virreinato perdió la villa como suya y no la reconquistó jamás. Con ello sufrió dramático infortunio; dejó de percibir los beneficios de su providente economía y no contó más con su lealtad invariable, ni con la configuración y geografía física de la comarca, harto comprobada en las más difíciles situaciones, antes y después de estallar la revolución de 1810, en cuyo proceso las autoridades civiles y militares de la villa sostuvieron enhiestas su espíritu realista y prestaron eficiente colaboración económica, aun a costa del vecindario y del comercio, para mantener las fuerzas de su resguardo y pagar haberes de las milicias de Puebla, Orizaba y Veracruz.

Córdoba, pues, era digna de elogios que reiteraba el gobierno virreinal. Ya el comandante Ramón Díaz de Ortega, el 20 de agosto de 1814 desde Puebla, informaba al virrey: “No contenta Córdoba con su fidelidad, ánimo decidido de no existir antes que dar entrada a los rebeldes, es un punto militar que no aflige al gobierno pidiéndole auxilios, antes bien contribuye del modo que puede a mantener la guarnición de Orizaba”. Y concluye su informe laudatoriamente, afirmando que la villa, en la época actual de inquietudes, puede y debe servir de modelo. Este aserto es más conmovedor para el virreinato durante el lapso que va de 1817 a principios de 1821, si bien por la implacable violencia, avidez de sangre e índole de su saña del coronel Francisco Hevia y del marqués de Vivanco, quienes lograron pacificar la comarca y sumergir a la insurgencia en un desmayo rayano a la parálisis, así como pregonara orgullo que “en 5 leguas en contorno” nadie hablaba de libertad, ni quedaba en los alrededores ningún insurgente.

El terror estaba impuesto y se mantenía en acecho. Pero el 6 de marzo de 1821 las cosas cambiaron al conocerse en la villa, oficialmente, la proclamación del Plan de Iguala. Los cordobeses se dividieron en adictos a Fernando VII y simpatizadores de las ideas de emancipación y libertad. Los primeros eran los europeos o criollos acaudalados “con la



esclavitud y el monopolio” y los segundos, el vecindario y la población campesina, a pesar de saber que el movimiento insurgente había perdido aliento y fuerza en la Nueva España porque, abatidos e inermes, algunos insurgentes se habían acogido al indulto; otros, sin aliento, incursionaban en Michoacán; en las montañas del sur, era notable el encendido heroísmo de Vicente Guerrero y Pedro Ascencio, y en Veracruz, a salto de mata y casi solitario, quedaba Guadalupe Victoria.

El Plan de Iguala, sin embargo, era un sol de esperanza. Con él, los horizontes se ampliaron y el ánimo a los insurgentes cobró vida. Varios jefes realistas se incorporan al movimiento libertario con el ejemplo de Agustín de Iturbide, de Celso Irueta, de José Joaquín Herrera y de Antonio López de Santa Anna; en tanto antiguos insurgentes se levantan en armas y organizan contingentes, ya Francisco Miranda y el presbítero José Martínez en las cercanías de Jalapa, o ya el indígena Félix Luna en Chocamán.

La alarma cunde por todas partes y en la villa de Córdoba, se inician preparativos de defensa bajo la comandancia militar del coronel Miguel José Bellido, sustituto del coronel Hevia, quien había marchado con su Batallón de Castilla en atención al llamado urgente del virrey. La villa está casi indefensa porque el coronel Bellido sólo dispone de un

pequeño contingente y no logra organizar el cuerpo de voluntarios Patriotas distinguidos de Fernando VII; en tal virtud, el Cabildo solicita auxilio del gobernador realista de Veracruz, y sólo recibe cincuenta elementos del Batallón de Asturias, a la sazón acuartelado en Huatusco y bajo el mando del coronel Juan Alcocer. El refuerzo resulta insuficiente para una exitosa campaña y ello se comprueba el 1 de abril de 1821, al tener que rendirse y entregar la plaza al insurgente José Joaquín Herrera, con el aplauso y júbilo del pueblo cordobés.

Unos días después de ocupada la plaza, el insurgente Herrera nombra comandante militar de la misma al capitán Francisco Javier Gómez y con el grueso de su tropa marcha a la provincia de Puebla para combatir al coronel Hevia. Al finalizar el mes de abril en la villa se tienen noticias de que el coronel Herrera sufre reveses en Tepeaca, viéndose obligado a replegarse a San Andrés Chalchicomula y regresar a Córdoba, burlando la de su tropa marcha a la provincia de Puebla para combatir al coronel Hevia. Al finalizar el mes de abril en la villa se tienen noticias de que el coronel Herrera sufre reveses en Tepeaca, viéndose obligado a replegarse a San Andrés Chalchicomula y regresar a Córdoba, burlando la persecución de las fuerzas de Hevia para organizar la defensa de la villa y a sabiendas de que el capitán Gómez sólo disponía de un

piquete de soldados, así como de una compañía de infantes y otra de dragones dispuestas por el Cabildo, con la participación de los regidores Juan Manuel Royo y Mariano Ortiz.

Con motivo de la alarma suscitada por los acontecimientos de Tepeaca y la actitud de Herrera, el comandante militar de la villa, el capitán Gómez, decide abandonar la plaza y resistir a Hevia en Coscomatepec. Se oponen a ello Cabildo y vecindario reuniéndose en una junta popular y en ella acuerdan defender la villa, con armas o sin ellas, pero con entusiasmo y valor. Se comisiona desde luego a los capitanes Francisco Calatayud y Antonio López de Guardaelmuro para levantar parapetos; estos trabajos se ejecutan en los primeros días de mayo. Cuando el día 10 se tienen noticias de que el realista Samaniego incursiona por el Naranjal se alistan 250 voluntarios y los refuerzos empiezan a llegar, siendo los primeros 20 amatecos armados y su capitán Pascual de los Santos García; el día 12, el coronel José Joaquín Herrera con 200 infantes y 100 caballos; también Félix Luna y su guerrilla. La plaza, entonces al mando militar del insurgente Herrera y José Durán, perfecciona las fortificaciones. Y Córdoba espera sin temor el asedio.

La mañana del 15 de mayo se avistan soldados de Hevia y de Félix Luna en la barranca de Villegas, hoy de Metlac. Félix Luna se bate

en retirada, estratégicamente, para informar sobre las avanzadas de Hevia. Pero a las cuatro de la tarde, los realistas ocupan la plazuela de San Sebastián y las casas de Antonio Ceballos y Blas Serrano, estableciendo su cuartel general e iniciando su ataque a los terraplenes 6 y 8. El fuego se suspendió a las siete de la noche y se abrió una tregua que Hevia aprovechó para avanzar sus cañones y atrincherarlos con tercios de tabaco en la plazuela de San Sebastián.

La tregua se rompió a las cuatro de la mañana del día 16, cuando los artilleros realistas dispararon sus cañones contra la casa de Manuel de la Torre, abriendo importante brecha por donde entraron al interior de la manzana y entablaron resuelta lucha contra los defensores. Los atacantes fueron rechazados y Hevia decidió en alivio de disgusto cambiar de puntería, abrir otras brechas y provocar nuevos asaltos; pero al observar la impericia de sus artilleros, optó por dirigir personalmente la puntería contra la casa de la Botica, sin llegar a conseguir su objetivo, porque una bala le hirió de muerte en la sien izquierda. Su cadáver fue sepultado en la plazuela de San Sebastián y el teniente coronel Blas del Castillo y Luna asumió el mando de los hispanos, ordenando, desde luego, incendiar la casa de los condes de De la Torre. (La hazaña fue realizada por el temerario José Lorenzo González, abuelo que fue del abogado y eminente escritor



cordobés Francisco González Mena.) Sólo se salvó del incendio la casa que defendían el oficial de voluntarios Francisco de la Llave y el capitán José Velázquez, haciendo gala de valor y heroísmo, y los bizarros zapadores voluntarios de Córdoba, “resueltos a caer bajo los escombros de la villa”; como los ánimos estaban encendidos, el fuego continuó sin cesar hasta la noche del propio día 16, agotando parque de artillería y fusilería. El denuedo y la intrepidez de los combatientes se pusieron en juego. Ninguna de las partes estaba dispuesta a ceder.

El día 17 la manzana de la Botica fue incendiada y destruida por la artillería, para facilitar un asalto a la plaza y derribar, simultáneamente, los fortines 6, 7 y 8. La valentía de los sitiados impidió el propósito de Castillo y Luna. Sólo fue destruido el fortín 8, pero reparado sin demora con saquillos de tierra. En tanto, la caballería insurgente atacaba la retaguardia realista, para contribuir a dominar los asaltos que sostenía el coronel Herrera, y Castillo y Luna estuvo a punto de caer prisionero, en un ardid de Villamil y Félix Luna. La lucha continuó toda la tarde y noche, sin éxito realista; en todos los asaltos fueron rechazados los sitiadores.

A las ocho de la mañana del día 18 disminuyó el tronar de los cañones y la mosquetería, ante el coraje y bazarria de los defensores de la villa, a los que nada acobardaba;

ni las granadas dirigidas a la plaza, ni el asalto a las trincheras, ni la horadación de las paredes, ni las balas de a 12 que dañaron la torre parroquial. Todo lo contrario, con extraordinaria valentía, apagaban los furiosos asaltos burlando las troneras “que abiertas por los realistas, se convertían en instrumentos de muerte”, y para reforzar la defensa heroica de los sitiados, por el Ejido llegó el insurgente Antonio López de Santa Anna con 300 infantes y 250 caballos provocando a los virreinales, que se negaron a entrar en acción. Por instrucciones de Herrera, el insurgente López de Santa Anna se replegó a la hacienda de Buenavista y regresó al Ejido la madrugada del día 19; se amuralló en la Loma de los Arrieros, donde enarboló la bandera de Iguala y fijó un cañón para romper el fuego contra las fuerzas realistas, dando las instrucciones del caso al ayudante José Durán. Los españoles rehuyeron el combate a campo raso.

Al atardecer se presentó a Santa Anna el independiente Francisco Miranda con 100 dragones, refuerzo oportuno que acampó en el rancho de la Posta.

Como el día 20 el ataque a la plaza era violento y los defensores obtuvieron nuevo aliento con la presencia del teniente Luciano Velázquez y 100 elementos armados, el jefe Herrera intimó rendición al jefe Castillo y Luna, abriéndose una tregua para que el realista formara una junta de guerra y pudiera resolver



Plazoleta de la Casa Quemada, lugar del inicio de los combates, avenida 5 y calle 7. Foto: Ernesto Rivera P.

lo conducente. La tregua duró hasta las diez de la noche en que los sitiadores volvieron a la carga sobre la plaza, sosteniendo intenso fuego durante dos horas y media en su afán de tomarla, inútilmente porque su último intento se vio frustrado y en el escenario de la guerra afloró un extraño silencio y reinó la calma. Investigada la causa, se comprobó la fuga de los realistas. Los realistas huyeron aprovechando la oscuridad, después de echar su impedimento de guerra, excepto su artillería, a los pozos de las casas ocupadas por ellos como cuarteles. Huyeron por San Sebastián y la Matanza, llevándose sus heridos, camino de Orizaba. El coronel Santa Anna recibió instrucciones de perseguir a los fugitivos con 300 infantes y los dragones disponibles, pero Castillo y Luna logró escapar y entrar a aquella villa, donde se encontró con el coronel Samaniego,

compañero de armas en uno de los batallones que fueron del extinto Francisco Hevia.

La última acción de armas en el proceso libertario que culminó el glorioso 21 de mayo de 1821 con la humillación del ejército virreinal, constituye el paso más firme para la consumación de la independencia, porque doblegó a los opresores y dio fuerza moral al general Juan O'Donojú para firmar el histórico documento conocido con el nombre de Tratados de Córdoba, antecedente inmediato de la entrada triunfal del Ejército Trigarante a la Ciudad de México y la exaltación del gobierno mexicano.

Fuente

Revista H. Ayuntamiento Constitucional
1982-1985, Córdoba, 1917-1983



El Parque 21 de Mayo

ADRIANA BALMORI AGUIRRE

Hablar del Parque 21 de Mayo, es hablar del lugar más emblemático de nuestra ciudad. El Parque 21 de Mayo es ese espacio imprescindible de nuestra historia, digno escenario de sucesos históricos, sucedidos populares, de muchas de nuestras más significativas vivencias y también del arte en todas sus expresiones: música, teatro, danza, pintura, literatura y ciencias, así como de eventos deportivos y exposiciones de toda clase. Ha sido y es, para nuestra memoria, cajón de inefables recuerdos, de añoranzas y regocijos; seguramente no hay un habitante de esta ciudad que no lo haya jugado, corrido, paseado o visitado; que desde arriba o desde afuera, no lo haya admirado. En una palabra, qué cordobés no lo ha vivido o disfrutado, si ha sido punto de reunión para escolares, deportistas, amigos y enamorados; cuántas historias de amor y desamor nos podrían contar sus bancas y arriates; cuántas promesas de amor habrán oído sus galanas farolas; quién no se ha maravillado con sus espectaculares y dorados racimos de flor de mayo, con los despeinados penachos de las palmeras cuando el viento las hace susurrar o las estremece hasta doblarlas,

o cuando la densa neblina amorosa lo arropa creando un halo de misterio a su alrededor, o simplemente, quién no ha buscado un remanso junto al chorro fresco y jugueteón del surtidor de sus fuentes. Es, sin duda, el sitio de referencia por excelencia para ubicarnos en la ciudad y en la actualidad, pero también motivo de controversia por el uso indiscriminado que se le da para toda clase de espectáculos.

Nuestra plaza es un Parque Principal o Plaza Mayor, no un Zócalo, ya que este nombre se le da a la Plaza de la Constitución de la Ciudad de México porque, en 1843, Antonio López de Santa Anna le encargó a Lorenzo de la Hidalga un monumento a la Independencia, del que sólo se hizo el “zócalo” o base; éste permaneció ahí tantos años antes de ser demolido que popularmente se le dio ese nombre a la Gran Plaza. Tampoco la nuestra es una Plaza de Armas, ya que las plazas de armas son los espacios abiertos que se ubican en los castillos, fuertes, cuarteles o campamentos destinados para hacer ejercicios militares, no el sitio donde hubo una refriega o batalla. Una Plaza Mayor, como se prevé en las Ordenanzas de los Reyes Católicos, es un lugar principal o gran espacio abierto para celebrar el mercado, y debe colindar con el ayuntamiento y la iglesia principal. En Hispanoamérica se les llamó plazas de armas a algunas plazas mayores donde también estaban los edificios destinados



Plaza Mayor de Córdoba, J. M. Rugendas, óleo sobre cartón 24.5 x 36 cm, Biblioteca del Museo Ibero-Americano de Berlín.

a arsenales y atarazanas, caso que no es el de nuestra plaza. En un corto tiempo ésta fue llamada Plaza de la Constitución, y pronto se oficializó y popularizó el nombre de 21 de Mayo. Actualmente es un parque, puesto que es un espacio delimitado con plantas y árboles, destinado a diversos usos de interés público y dotado de elementos de ornato y disfrute.

Desde luego, en sus orígenes en 1618, al fundarse Córdoba, don Cristóbal de Miranda y Andrés Núñez de Illescas —nombrados alcaldes ordinarios— y sus acompañantes realizaron el trazo de la nueva villa, que se

hizo a cordel, es decir, usando una cuerda para medir y marcar calles; en la más alta de las siete lomas y a lo largo de su parte más plana se asentó la Plaza Real, con dos calles que iban de norte a sur, las actuales avenidas 1 y 3, y dos que iban de oriente a poniente, las calles 1 y 3 de hoy. Al sur de la plaza se levantaría la iglesia y al norte estarían las Casas Reales —o de gobierno—, la cárcel y las caballerizas; dicho espacio fue dedicado a Plaza Mayor, ya que ahí se instalaba, en determinados días, el “mercado” o “tianguis”, como lo llamaban los indígenas, y que permaneció funcionando como tal hasta



Plaza Mayor de Córdoba (obelisco y estatuas), ca. 1900. Fotografía: Guillermo Kahlo.

casi a finales del siglo XIX, como se puede constatar en la excelente y descriptiva pintura *Plaza Mayor de Córdoba*, que dejó el pintor alemán Johann Moritz Rugendas a su paso por la apenas nombrada ciudad de Córdoba entre 1831 y 1834; una plaza donde, también, tenían lugar toda clase reuniones de vecinos y actos civiles y militares.

La fisonomía de la plaza se transformó en la década de 1880, con la construcción y nueva ubicación del mercado, en el lado oeste de la ciudad, y que se llamó Mercado Benito Juárez, mismo lugar donde hoy está situado el Mercado Revolución; fue entonces que a

la plaza se le ajardinó, se sembraron árboles, plantas autóctonas de hermosas flores y, seguramente, nuestras altivas y hermosas cuatro “palmas reales”. También se le dotó de mobiliario —bancas traídas de Europa—, y con el fin de embellecerlo se instalaron dos fuentes con surtidores metálicos de fundición, bellamente ornamentados, y un estanque elaborado en mampostería, y se construyó, en 1895, el hermoso y original kiosco, fabricado en hierro, con techo de ocho lienzos y faldón de hermosa filigrana de hierro y pequeños y espigados remates en las uniones de los lienzos y en el centro de cada uno de ellos, así

como en el remate central más alto; el piso era de madera con perforaciones ex profeso, construido en planta octagonal sobre un alto zoclo de mampostería, con ojivas horizontales y que hacía las veces de caja armónica o de resonancia; el kiosco tuvo un costo total de poco más de 2 000 pesos. Se colocó asimismo un obelisco a los héroes de las batallas del 16 al 21 de mayo de 1821, monumento de mármol de Carrara, tallado en Italia, de base circular y tres caras, en cada una de las cuales está escrita una leyenda según se había especificado en el decreto que autorizaba su construcción; en la primera dice: “EN LOOR AL PATRIOTISMO DE LOS CORDOBESES DURANTE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA”; en la segunda reza: “SE ERIGIÓ ESTE MONUMENTO POR ORDEN DEL CONCEJO MUNICIPAL EN EL AÑO DE 1895”, y en la tercera se lee: “A LA MEMORIA DE LOS DEFENSORES DE CÓRDOBA EN LAS JORNADAS DEL 16 AL 21 DE MAYO DE 1821”.

El costo de este monumento fue de 12 000 pesos, pagado de la siguiente manera: 1 000 por el gobierno del estado; 5 000, por los vecinos y el resto, 6 000, por el Ayuntamiento. Todo ello dentro del recuadro ajardinado, con arriates y calles, estilo inglés, como podemos ver en las fotografías de la época y como consta en un reporte de 1895 del jefe cantonal,

quien informaba que a los lados del obelisco se colocaron, sobre elegantes columnas estriadas de mármol, los bustos en bronce de dos notables e ilustres cordobeses, quienes además habían sido gobernadores del estado de Veracruz: los licenciados José María Mena Sosa y Francisco Hernández y Hernández. En 1896, al introducirse la energía eléctrica a la ciudad, se ilumina el parque con afrancesadas y esbeltas farolas. Todos estos cambios e innovaciones se hicieron en la administración del doctor Enrique Herrera Moreno, uno de nuestros más destacados historiadores y presidentes municipales.

En los primeros años del siglo XX, existía a lo largo de la calle 3, frente a la iglesia de la Inmaculada Concepción, un tejaban de rústica manufactura con techo de láminas, donde la gente acostumbraba ir a jugar “polaca” o lotería, y donde vendían café, atole y “antojitos”; sin embargo, años más tarde fue retirado.

También, durante una corta temporada, se colocó otro obelisco, mucho más discreto y modesto y de menores dimensiones, en una de las calles de la plaza, cerca del kiosco y con frente hacia la calle 3, dedicado al Día del Trabajo, y que al parecer fue cambiado después al Parque Madero, antes Plaza de San Sebastián. El busto de bronce del licenciado Mena Sosa fue trasladado al Colegio Preparatorio, que él había fundado en 1871, y entonces el del



Ángulo del Parque 21 de Mayo, ca. 1920. Fotografía: Ignacio Vallejo

licenciado Hernández y Hernández se colocó en la esquina norte de la plaza y el de Agustín de Iturbide en la esquina oeste. Años más tarde, en 1955, el busto del presbítero Francisco J. Krill, gran benefactor de la ciudad, fue situado en la esquina oriente; por último, en 1967, el del ilustre maestro y arqueólogo Ramón Mena Isassi lo ubicaron en la esquina sur. Más adelante, en la calzada central, de frente a la ahora Catedral, fue colocado un monumento a Miguel Hidalgo, de triste manufactura, sobre una burda base cuadrada.

Durante largos años, en el mes de mayo, la plaza se convertía en “recinto ferial”, ya que era

precisamente en todo el parque donde se instalaba la tradicional Feria de Mayo, hasta que el espacio resultó a todas luces inapropiado e insuficiente y a las ferias se les buscó mejor morada.

En épocas recientes fueron adoquinadas las calles 1 y 3 y cerradas al tránsito vehicular, creando así una mayor explanada frente al Palacio Municipal, lo que además hizo del parque un lugar más cómodo y seguro.

El mobiliario urbano, fuentes, piso y arbotantes han sido cambiados en diferentes administraciones, permaneciendo sólo las piedras originales en las partes centrales; así también, la anterior administración, dentro



Fuente, kiosco y obelisco, estado actual en vista nocturna. Fotografía: Anwar Vázquez.

del programa de remozamiento que llevó a cabo, cambió el adoquín por piedra e hizo una réplica de las fuentes originales y una restauración casi integral del kiosco.

Como dato curioso, hay quienes quieren ver en la configuración de los arriates y calzadas, detalles especiales, como la forma de la Cruz Imperial de Guadalupe, condecoración que fue concedida a Agustín de Iturbide, trazada a partir de las calles diagonales, y la de la Cruz Pometeada, con la que había sido condecorado Juan de O' Donojú, formada por las calzadas transversales y rematando los "pomos" o redondeces en las fuentes y en las bases del monumento a Hidalgo y del obelisco; sin embargo, sobre esto no hay nada documentado en el Archivo Histórico Municipal de Córdoba.

Fuentes

Archivo Histórico Municipal de Córdoba, Veracruz.

J. M. Rugendas en México 1802-1855, 1959. Instituto Nacional de Bellas Artes/Instituto Nacional de Antropología e Historia/I. C. Mexicano Alemán "Alejandro de Humboldt", Talleres de Prestel-Verlag, Alemania.

Nicolini Mena, José, 1971. *Autobiografía de una Escuela*, Editorial Libros de México, S.A., México.

Rivera Pernía, Ernesto, 2009. *Código Córdoba*, Talleres del Sur Impresores, S. A. de C.V, Córdoba.

Rodríguez y Valero, José Antonio, 1964. *Cartilla Histórica*, estudio preliminar de Leonardo Pasquel, Editorial Citlaltépetl, México.



La nomenclatura de Córdoba

ERNESTO RIVERA PERNIA

Córdoba presenta una traza reticular bien formada. La orientación se realizó de acuerdo a las Ordenanzas Reales de Felipe II, vigentes en ese momento: “114. [...] Que las cuatro esquinas de la plaza miren a los cuatro vientos, porque de esta manera, las calles no estarán expuestas a dichos vientos principales, cosa que sería de gran inconveniente”, es decir, cada una de las esquinas de las manzanas indica uno de los puntos cardinales. En la práctica, dicha orientación proporciona una mejor distribución de la luz solar en todos los lados de las manzanas y también dentro de los patios centrales de las casas en ellas construidas.

Puesto que las esquinas señalan al norte (N), sur (S), este (E) y oeste (O), las vialidades paralelas quedan orientadas en dirección noroeste-sureste (NO-SE), en el caso de las avenidas, y en dirección noreste-suroeste (NE-SO), las calles. De forma popular, los habitantes de Córdoba relacionamos la dirección de las avenidas con la dirección noroeste (NO), “subiendo” a la Ciudad de México, hacia el altiplano, y con la dirección contraria, al sureste (SE), “bajando” al puerto de Veracruz, hacia la costa.

Al fundarse la villa de Córdoba, las calles tomaron los nombres de los fundadores, de tal forma que se tenía una Calle de los Miranda, otra de los Illescas, etc. Con el incremento de la población y el crecimiento de la urbe, se abrieron nuevas arterias que tomaron sus nombres de alguna iglesia, un santo, algún edificio en particular, el apellido de un vecino, etc. Fue en 1780, como una medida del Ayuntamiento, cuando se designaron nombres “oficiales” a las calles, mismos que se conservaron a lo largo de todo el periodo colonial.

Durante los primeros años del México independiente los nombres de las calles sufrieron varios cambios: era frecuente que los nombres de los caudillos de las diferentes luchas que tenían lugar en el país sustituyeran a los nombres anteriores. Algunas arterias cambiaron varias veces de nombre mientras que otras los conservaron por mucho tiempo.

En el año 1916, siendo presidente municipal Petronilo O. García, le encargó a su director de Obras Públicas y Obrería Mayor, don Félix Jorge Martínez, cambiar la nomenclatura existente por una que facilitara la orientación dentro de la ciudad. Se implementó un sistema de calles numeradas, similar a la existente en ciudades de traza reticular como Puebla y Orizaba. En Córdoba se instauró un sistema único y bastante ingenioso que, por su facilidad de orientación, fue aceptado y



Calle 1 desde el SO, foto de principios del siglo XX. Fotógrafo desconocido.

mantenido, hasta la fecha, sin ningún problema por la población.

El sistema básico es el siguiente: la arteria principal de la ciudad, el camino México-Veracruz y todas las calles paralelas tendrían, con el tiempo, preferencia de circulación y se llamarían “avenidas”. Las otras vialidades, que cruzan las avenidas en forma perpendicular, se denominarían “calles”. La avenida principal se llamaría Avenida 1, y a partir de ella, las avenidas paralelas ubicadas a un costado tendrían una

paralelas ubicadas a un costado tendrían una numeración progresiva en pares, mientras que las que se trazaron al otro lado tomarían números impares en forma progresiva. Lo mismo sucedería con las calles: ubicada una calle inicial, la del Palacio Municipal, que se llamaría Calle 1, a partir de ella se numerarían las calles, pares de un lado e impares del otro.

Originalmente los inmuebles no estaban numerados, simplemente se ubicaban a partir de estructuras conocidas, como, por ejemplo:



la tercera casa después del Camino Real”, “la casa enfrente de la fuente”, “pasando la casa de don fulano”, etc. Con el nuevo sistema, además de a las viviendas, también se dio número a los lotes sin construir que, al ser de diferente dueño, a la larga servirían para levantar en ellos nuevas casas.

Para la numeración de los lotes se aprovechó la nueva nomenclatura de las calles y avenidas: el número menor de la arteria que se cruza en la esquina serviría como “centena” y como inicio en la numeración progresiva de los inmuebles. Por ejemplo: después de la Calle 8, los números de las casas en las avenidas empiezan en el “801”, sin importar el número de la última casa de la manzana anterior. El mismo criterio se aplica en las calles; así, después de la Avenida 3 los lotes inician a partir del “301”. Sólo entre una arteria denominada “1” y la siguiente “2”, no hay “centena” y la numeración progresiva comienza con el “1”.

Las casas y solares sobre una acera tienen números nones y los de enfrente usan los pares. En las avenidas, todas las casas cuyo frente mira al suroeste (SO) tendrán numeración impar mientras que las orientadas al noreste (NE) serán pares; en las calles, las que miran al noroeste (NO) serán impares, y las de enfrente que miran al sureste (SE) serán pares.

Conociendo el sistema de nomenclatura, no se requiere conocer la ciudad para ir de

un sitio a otro. La dirección completa de un inmueble nos indica en qué calle o avenida se encuentra, entre qué otras arterias está y sobre cuál acera se encuentra.

Si caminamos y vemos que el número de las casas y calles se incrementa, sabemos que estamos alejándonos del centro; por el contrario, si disminuyen, entendemos que nos acercamos al centro de la ciudad o, con mayor precisión, a la intersección de la Avenida 1 con la Calle 1, punto de inicio de todo el sistema de nomenclatura.

No pudieron escoger uno mejor, pues las cuatro esquinas que se forman en dicho punto, tienen, cada una de ellas, una importancia especial para nuestra historia.

La Avenida 1 es la vialidad principal del desarrollo de nuestra urbe: a lo largo de ella se fueron asentando los habitantes, de tal forma que la traza urbana creció más a lo largo que a lo ancho. Formaba parte del Camino Real, que comunicaba a la capital del país con su principal puerto, Veracruz. Por ella pasaron vecinos y forasteros; héroes y villanos; invasores y defensores; el pobre y el rico; el virrey y el esclavo... en otras palabras: por ella transcurrió buena parte de nuestra historia.

Por otra parte, no hay vialidad transversal con más eventos históricos que la Calle 1: en la fundación de la villa, en abril de 1618, lo primero que midieron fue la Plaza

Mayor, a partir de la cual se derivaría toda la traza del asentamiento. Una de las esquinas de esa plaza, hoy Parque 21 de Mayo, es la Calle 1 y Avenida 1, justamente en el punto de inicio de la nomenclatura.

En otra de las esquinas de ese crucero se encuentra el edificio del Zevallos, donde se firmaron, en 1821, los Tratados de Córdoba, importante documento que, a la postre, contribuiría a pacificar el país que estaba por nacer luego de una cruenta guerra de independencia: México.

Frente a la plaza, a lo largo de esa calle, se ubicaron las Casas Reales que, a inicios del siglo XX, fueron sustituidas por el Palacio Cantonal, hoy Municipal, sede del gobierno. Coincidentemente, justo a un costado de la Avenida 1, la tercera esquina del crucero, se encuentran las oficinas de los ediles: presidente, síndico y regidores.

El cantón de Córdoba fue una división administrativa que, en su momento, incluyó en su territorio lo que hoy son varios municipios. La primera Escuela Cantonal se construyó con el objetivo de ofrecer educación elemental a todos los habitantes del cantón, no sólo de la ciudad. Está ubicada en la última esquina del mencionado cruce vial.

Las Casas Reales tenían —y el actual Palacio Municipal mantiene—, a lo largo de toda su fachada, una estructura cubierta



Calle 1 desde el NE, Palacio Municipal con los Portales al frente. Foto Ernesto Rivera P.

soportada por columnas y arcadas, cuyo nombre correcto es “soportal”, aunque los cordobeses conservamos el nombre antiguo de “portal”. Estructuras similares se construyeron en las fachadas de todos los inmuebles civiles que dan a la plaza, sobre lo que serían las banquetas y parte de la calle, lo que produce un



Calle 1 desde el SO actualmente. Foto Ernesto Rivera P.

angostamiento característico en el trazo de esas vialidades. Se puede apreciar perfectamente esta estructura al frente del Palacio Municipal, al caminar por la Calle 1, en cualquiera de sus lados. Al noreste de la otrora villa de Córdoba corría el río San Antonio, en su mayor parte inmerso en profundas barrancas que partían en dos el territorio de la población. La primera obra importante de la villa fue la construcción de un puente que asegurara la comunicación con las haciendas que se instalaban al otro lado.

El primer puente sobre el río San

Antonio fue entonces la prolongación de la Calle 1 hacia la otra parte de la villa.

Ubicadas al sureste (SO) de la Calle 1, las fuerzas al mando de Hevia se dividieron en dos columnas al inicio de la Batalla de la Casa Quemada; una amagó la villa justamente por esta arteria, que en aquel entonces se llamaba Calle del Matadero. Los defensores reaccionaron colocando los hombres mejor armados en ese punto. En tanto, la segunda columna dio un rodeo y atacó por el sur, tomando la iglesia de San Sebastián, su plaza

tomando la iglesia de San Sebastián, su plaza y algunas casas, incluyendo dos que estaban frente a la “Casa Quemada”. Concluida esa ocupación, la primera columna que amenazaba por de la Calle 1 dio la vuelta y se trasladó a la plazuela ocupada por sus compañeros para, al día siguiente por la madrugada, iniciar su verdadero ataque.

El “Punto de Inicio” de la nomenclatura vial cordobesa puede convertirse, para beneficio de la cultura y del turismo, en el “Punto Destino”, si enseñamos a propios y visitantes que, recorriendo las calles y avenidas en sentido inverso, es decir, disminuyendo su numeración, llegarán al cruce de arterias más importantes: a un encuentro con nuestra historia.

Sería muy apropiado, en el proyecto del

corredor o “caminatorio” de esta calle, que se aprovechara justamente la concurrencia de peatones a todo lo largo para colocar cierta información sobre estos sitios, inmuebles o eventos que ocurrieron en ella, y por qué no, cualquier otra información histórica de nuestra querida ciudad. No tenemos otra calle con más historia que ésta: la histórica Calle 1.

Fuentes

Cabral Pérez, Ignacio, 1998. *La traza hispanoamericana de Córdoba, Veracruz*, Universidad Iberoamericana, Plantel Golfo Centro, Puebla, Puebla.
Magazine Veracruzano, publicación mensual, Córdoba, Veracruz, núm. 141.



Pablo de la Llave y Fernández de Ávila y la Botánica cordobesa

CARLOS MANUEL GALÁN PÁEZ

A mediados del siglo XVIII, vivía en la villa de Córdoba el coronel del Regimiento de las Tres Villas (Xalapa, Orizaba y Córdoba), don Francisco Antonio de la Llave, originario del puerto de Castro Urdiales, España, quien se casó con doña Gertrudis Fernández de Ávila. En su casa solariega, de las primeras construidas en la villa frente a la Plaza de Armas, nació Pablo de la Llave y Fernández de Ávila, el 11 de febrero de 1773.

Al comenzar el siglo XIX, la Nueva España era, aparentemente, un territorio próspero, tranquilo y feliz; la minería estaba en un periodo floreciente, el comercio muy activo y la industria y agricultura, aunque rutinarias, habían progresado. En términos generales la población no sólo se duplicó, sino que se triplicó.

Históricamente se considera que durante el virreinato se vivieron años de

tranquilidad, progreso y paz; sin embargo, cambios en la política, lo administrativo y económico a fines del siglo XVIII (reformas borbónicas) provocaron desajustes sociales que, al no encontrar vías de solución institucional, desembocaron en el movimiento independentista de 1810.

Para esas fechas el territorio veracruzano se organizaba de acuerdo al sistema de intendencias, tenía una extensión de aproximadamente 4 141 leguas cuadradas y un total de 185 935 habitantes, de los cuales más de 100 000 eran indios o miembros de las castas.

Aunque el barón Alejandro de Humboldt hablaba de riqueza natural, la población sufría múltiples deficiencias. A finales de la época virreinal, en la intendencia de Veracruz existían sólo dos ciudades, cinco villas, 147 pueblos, 60 haciendas y 157 ranchos.

La comarca de Huilango, hoy Córdoba, considerada en esa época como un “lugar de paso” —y, por lo tanto, teatro de infinidad de hechos y aconteceres—, tenía una extensión de aproximadamente 513 kilómetros cuadrados y estaba situada entre los ríos Jamapa, Chichiquila, Metlac y Atiztac o Blanco.

La intendencia de Veracruz, considerada como una de las regiones más bellas y ricas de la Nueva España, presentaba desde el Pánuco hasta las márgenes del Tancochapa, una costa bordada por cocoteros y selva virgen, rica en



Hacienda de San José del Corral.

fauna y flora, con una mixtura de olores frutales y florales.

Miles de aves cruzaban el espacio emitiendo sus trinos y cantos o chillando las greguerías de cotorras. Las sabanas costeras contrastaban en algunos sitios con los bosques, que van iniciando su escalonado ascenso hacia las montañas, donde se ven irisando las aguas de múltiples arroyos, ríos y lagunas, cascadas y embalses con los rayos del sol, que además era fuente de fructificación de cafetales, naranjos, mangos y toda clase de plantas con flores.

El majestuoso Poyauhtecatl, vigilante, se elevaba coronado de nieves eternas y orlado por vapores. Es el “Señor de las Nubes”, actualmente Pico de Orizaba, y cerca de él la mole impresionante del Nauhcampatépētl

(cerro de cuatro lados) o Cofre de Perote. Las intrincadas serranías que cruzan los entonces cantones de Zongolica, Orizaba, Córdoba, Huatusco, Coatepec, Jalapa y Jalancingo, forman un todo mágico, coronadas sus alturas con pinares, oyameles y ocotales que embrujan con su aroma resinoso.

Veracruz, llave de entrada y salida del comercio entre España y México, era proveedor de arroz, tabaco, café, frutales, maderas, azúcar, y es ahí donde Pablo de la Llave y Fernández de Ávila tiene sus primeros contactos con la naturaleza que siempre le fascinó.

Desde pequeño mostró una brillante inteligencia, pero en el año de 1785 fallece su padre y para que se educara correctamente, le envían al venerable Colegio de San Juan de



Letrán en la capital del virreinato, siendo un alumno sobresaliente. En el año de 1791, a sus 18 años, por sus méritos es el encargado de un curso de Filosofía y Letras; un año después, a los 19, alcanza el Doctorado en Teología y Sagrados Cánones. Poco tiempo después es ordenado sacerdote.

Señalan sus biógrafos que participó en un “grupo de vecinos voluntarios”, cuando en la madrugada del 20 de abril de 1790, la villa es afectada por un terremoto, y durante los años de 1790 y 1796, cuando esta región es atacada periódicamente por la fiebre amarilla, forma parte del “comité de ayuda para enfermos de la epidemia”.

En 1801 viaja a España (por sugerencia de su hermano que era jefe de familia) ya que en esa época un criollo difícilmente obtenía buenos puestos, y mucho menos los eclesiásticos, debido a que las mitras y canonjías venían directamente de España para los españoles.

En España, por sus méritos en el estudio de las Ciencias Naturales, es designado en 1801 catedrático y director y fundador del Jardín de Plantas de Madrid; más tarde, obtiene el cargo de canónigo de la Catedral de Osuna, siendo nombrado después vocal de la Suprema Corte de Censura y, en el año de 1812, diputado en las Cortes de Cádiz, cargo en el que sobresalió luchando abiertamente a favor de las causas de

la independencia de México. Fue perseguido y encarcelado por el gobierno de Fernando VII, y en esa época publica su tratado *Descripción de líquenes nuevos* y algunos ensayos sobre temas botánicos. Conocedor de idiomas como el griego, francés y hebreo, traduce varios salmos de la Biblia al castellano.

Quiere regresar a México pero por falta de dinero le es difícil y tiene que salir por Francia, ya que entonces no había relaciones diplomáticas entre España y México.

En el año de 1823, ya en México, pasa algún tiempo en la villa de Córdoba, donde participa en los comités encargados de buscar la reconstrucción de la población, seriamente dañada durante las batallas del 16 al 21 de mayo de 1821.

Comenta De la Llave:

[...] mas yo al volver de Europa el año pasado (1823), fui a vivir tres meses [febrero, marzo y abril] en una hacienda de mi familia llamada San José del Corral, situada en la jurisdicción de Córdoba, bajo el cielo ardiente de Veracruz; y allí, sin libros, sin papel á propósito para la conservación de plantas, y usando para ella, de hojas secas de plátano, elegí las singenesias [asteráceas] que pueden reconocerse y determinarse en todo tiempo, aun cuando estén disecadas (García-Mendoza, 2010: 17).

Trabajó De la Llave con Juan José Martínez de Lexarza (científico michoacano), con quien mantuvo íntima amistad y con el cual publica su obra *Novarum vegetabilium*, donde describen 100 nuevas especies mexicanas, 27 géneros nuevos, 17 de los cuales dedican a los próceres de la patria que lucharon por la independencia de México. Los especímenes de De la Llave proceden principalmente de la región de Córdoba y Orizaba.

Regresa a la capital de México al ser nombrado ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos, cargo que ejerció de 1823 a 1825. En 1826 va a radicar a Valladolid (hoy Morelia) para ocupar la canonjía en la Catedral y que era la de tesorero dignidad, cargo que ocupa hasta 1828, regresando en 1830 a la capital donde se le nombra presidente de la Cámara de Senadores.

Escribe las semblanzas de sus compañeros en las Cortes de Cádiz, discursos patrióticos publicados por Galván en 1831, y en Registro Trimestre publica varios artículos, entre ellos uno sobre “Los Ruidos Subterráneos” y otro sobre “Los Alacranes”.

Aportó técnicas a la agricultura de nuestra región, en particular las destinadas a mejorar los cultivos de tabaco y caña de azúcar, dos de las principales fuentes de ingresos en la comarca. Contemporáneo de don Juan Antonio Gómez de Guevara, visitó en su compañía, por el rumbo de la Hacienda de

Toxpan, los campos donde éste se dedicaba a aclimatar el café, la naranja y el mango, lo cual le valdría al hispano el reconocimiento general del pueblo cordobés.

En un hermoso libro titulado Flora y fauna mexicanas de los centenarios, Graciela Zamudio Varela, de la Universidad Nacional Autónoma de México, señala que, en febrero de 1833, don Pablo relataba:

[...] al tener ante mis ojos una *Mikania* que me infundía sentimientos que no puedo explicar, especialmente cuando me ocurría que las florecitas habían sido cogidas en un bosque Cordovéz [...] desde que soy aficionado á las plantas no he recibido placer igual [...] que aún agoviado por la fiebre y una penosa diarrea [...] me sentí otro hombre y del estado de languidez pasé á otro de tan viva animación [...] (P. de La Llave, 1833. “Materia Médica vegetal”, *Registro trimestre*, 2 (5): 74, citado por Zamudio, 2010: 29).

Regresa enfermo a su hacienda de San José del Corral donde fallece en el mes de junio de 1833.

Pablo de la Llave y Fernández de Ávila es conocido ampliamente en Europa y un



desconocido para gran parte de la población de nuestra ciudad. En próximo comentario hablaré sobre su actividad en pro de la educación.

Fuentes

García-Mendoza, Abisaí Josué, 2010. “Introducción”, en Abisaí Josué García-Mendoza (coord.), *Flora y fauna mexicanas de los centenarios*, Instituto de Biología, Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 17-21.

Zamudio Varela, Graciela, 2010. “Acercamiento a la trayectoria de vida de Pablo de la Llave (1773-1833)”, en Abisaí Josué García-Mendoza (coord.), *Flora y fauna mexicanas de los centenarios*, Instituto de Biología, Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 25-29.



Parque 21 de Mayo. Fotografía: Autor desconocido, colección México Fotográfico, Núm. 82.

Palmeras de mi Parque

ADRIANA BALMORI AGUIRRE

Son tus galanas palmeras
con sus penachos al viento
orgullosos sentimiento
que disfrutan altaneras,
siempre verdes compañeras
de todo aquel que las ronde
y a veces, la niebla esconde.
En mayo a su flor cobijan
con aves que las elijan
buscando su nido posar dónde.



Jacinta Carrillo de Fernández de Castro, “la primera profesora”

ADRIANA MARENCO SÁNCHEZ

El siglo XIX constituyó una época de transformaciones culturales, políticas, económicas y sociales de gran trascendencia en el mundo. Se viven ideas de independencia, se fundamentan las concepciones de dignidad humana y de evolución. Surge el positivismo como piedra angular del orgullo antropológico y como corriente filosófica, en sus diversas vertientes. Nuestra nación padeció de alguna u otra manera dichos cambios, en el contexto de los cuales se fue configurando el joven país. Las semillas de la participación y de la igualdad se sembraron. Esto es lo más conocido, sin embargo, un tanto oculto ha quedado un aspecto muy especial: la lucha por el reconocimiento del papel de las mujeres en la sociedad, algo que poco a poco ha venido sucediendo, pero que hoy, en pleno siglo XXI, falta todavía por alcanzarse a un nivel más justo.

El papel que jugó la educación en el estado de Veracruz como impulsor de tantas mujeres hacia una mayor independencia

económica fue fundamental, ya que se fueron abriendo las puertas, paulatinamente, a partir de la segunda mitad del siglo XIX y se observa la preocupación por conseguir que las mujeres, pilares del hogar, fueran mejores madres, apoyaran la gran tarea de formación de ciudadanos y se prepararan para ejercer cargos remunerados. Todo esto, sin duda, favorecería la apertura de centros escolares superiores para mujeres a lo largo y ancho de la entidad.

Ésta es una breve crónica que intenta situar, dentro de este contexto y en aras de hacer un merecido reconocimiento a personajes destacados de la historia de Córdoba, a una mujer que por méritos propios alcanza un lugar importante hacia finales del siglo XIX, pero que también tiene una presencia notable en la primera mitad del siglo XX, y cuya figura se enaltece por tratarse de la primera mujer cordobesa que obtiene el título de maestra: Jacinta Carrillo Bedoya, su nombre de soltera, el cual, al casarse con el licenciado José Fernández de Castro, se alarga con el apellido compuesto de su esposo aunque, al final, ella acaba por reducirlo y simplificarlo a Jacinta Carrillo de Castro, como rubrica una fotografía y como la encontramos ya en los libros, incluido uno de Mary Ashley Townsend (1832-1901), escritora viajera estadounidense que visitó estas tierras a finales del siglo XIX y que dejó un breve testimonio del notorio papel desempeñado por ella.



Retrato de Jacinta Carrillo de Fernández de Castro. Óleo por: Octavio Fernández de Castro Carrillo, 1917.

Jacinta nace el 30 de marzo de 1857 en Córdoba, Veracruz, es hija del licenciado José Julián Carrillo Tablas, que ocuparía la Prefectura de la ciudad en 1866, en plena época del Segundo Imperio, y de doña Francisca Bedoya Segura. Se supone que la familia reside un corto tiempo en Xalapa, durante el cual la joven Jacinta, contando con todo el apoyo familiar, tiene la oportunidad de estudiar en

el sistema educativo, que apenas comenzaba a abrirse, cuyo objetivo era preparar a mujeres en el ámbito magisterial, algo nada fácil en esa época que le tocó vivir.

Sustentó su examen recepcional para obtener el título de maestra en un acto público, como se acostumbraba en 1875, con apenas 18 años, y que resultó muy brillante y concurrido, llamando mucho la atención, tanto por tratarse



de la primera profesora recibida que iba a tener Córdoba, como por la competencia que demostró la sustentante, no obstante su corta edad.

Fue tal la resonancia que causó este examen, que el inspirado, genial e inolvidable compositor michoacano don Cenobio Paniagua, de gran fama y residente entonces en Córdoba, le compuso y dedicó un vals que tituló *La primera profesora*.

Después de su recepción ya en Córdoba, con todo ahínco, Jacinta se dedicó a las funciones de su magisterio, fundando la escuela particular Córdoba, donde impartió sus sabias enseñanzas a innumerables alumnos de aquella lejana época. Esta labor fue interrumpida al contraer matrimonio y procrear seis hijos. A los catorce años de casada, queda viuda y nuevamente vuelve sus ojos al magisterio y funda otra vez un colegio particular mixto, el primero en la ciudad, donde es auxiliada por sus dos hijas, Carmen y María, y por donde desfilan varias generaciones de alumnos para recibir la apreciada instrucción de parte de la destacada maestra.

Además del desempeño en su colegio particular, consiguió del gobierno del estado tres cátedras en el Liceo para señoritas, ubicado en el Portal de Zevallos y cuya dirección estaba a cargo de la profesora Francisca Septién de Calatayud, éstas eran: Geografía, Aritmética y Teneduría de Libros.

Ahora sabemos que, muy probablemente, fue la primera escuela para niñas en todo el estado.

Cabe hacer notar que, con los recursos que obtenía de su profesión, logra sostener decorosamente, además de formar y educar, a sus hijos, que le respondieron, siendo hombres y mujeres de bien, responsables y rectos que destacan en sus profesiones ellos y ellas formando sus familias, dentro del marco de valores heredado. Uno de sus hijos, Octavio, como científico y pintor destacado, y Carlos, como abogado y poeta reconocido.

Una de sus hijas, María, enviuda con diez hijos y Jacintita, como cariñosamente le llamaban, acude a apoyar con toda su fuerza y carácter a esa nueva generación, que le reconoce, aún hoy a través de su descendencia —de la cual me enorgullece formar parte—, que siempre estuvo a la altura de las circunstancias, una cualidad muy apreciada, pues vaya que eran retos que siempre asumía con altura y valor para enfrentar su destino, lo que la hacía admirable en muchos sentidos. Al final de su fructífera vida se dedicó por completo a su amada familia, así como a organizar periódicamente fiestas de beneficencia, cuadros artísticos y dramáticos, pero también bailes clásicos con niños de corta edad, a quienes enseñaba los ritmos y los pasos de danza, lanceros o bailables autóctonos, para esparcimiento y solaz de los chicos y para

satisfacción y deleite de los grandes. Siempre procuró ser útil a los demás y al final, les impartía gratuita y desinteresadamente los conocimientos que necesitaban, sólo por la satisfacción de sacar de la ignorancia a quienes no tenían la oportunidad, que tuvo ella, de prepararse y enfrentar la vida de la mejor manera. Se distinguió por su don de gentes y simpatía natural, siendo una encantadora y amena conversadora que disfrutaba de los eventos sociales y se le apreciaba ampliamente en la ciudad. Además de confeccionar sus deliciosos postres cuyas recetas heredó a varias generaciones que le siguieron.

En vida, tuvo la satisfacción de recibir un sencillo homenaje, junto con la profesora Francisca Arévalo de Sánchez —también titulada, poco después que Jacinta—, en ocasión de la inauguración de los servicios de agua purificada para las escuelas, hacia el primer tercio del siglo XX, donde estuvieron presentes las autoridades locales. Según una crónica periodística de la época su antorcha se apaga a los 89 años, el 29 de marzo de 1946, un día antes de cumplir los noventa, siendo muy sentida su pérdida, pues muchos alumnos la recordaban con verdadero cariño y agradecimiento, así como también las familias que la trataron, dejando un gran vacío y un recuerdo imborrable.

Es necesario apuntar que el mejor homenaje a nuestra ilustre biografiada, lo

constituye la construcción, en el trienio de 1947 a 1949, de una escuela primaria que lleva su nombre: Jacinta Carrillo de Castro, a la que actualmente asisten un buen número de alumnos. “Honor, a quien honor merece”.

Fuentes

Naveda Chávez-Hita, Adriana y Florescano, Enrique (coords.), 2013. *Historia general de Córdoba y su región*, Gobierno del Estado de Veracruz/Universidad Veracruzana/Ayuntamiento de Córdoba, México.

Fernández de Castro Carrillo, José, 1950. *Biografía de la Profesora Jacinta Carrillo de Fernández de Castro*.

Herrera Moreno, Enrique, 1892. *El Cantón de Córdoba*. Apuntes de geografía, estadística e historia, Tip. la Prensa de R. Valdecilla y Comp., Córdoba, 1892.

Lee Woodward, Ralph (ed.), 2001. *Here and There in México: The Travel Writings of Mary Ashley Townsend*, The University of Alabama Press, Tuscaloosa, Alabama.

Núñez Becerra, Fernanda y Rosa María Spinoso Arcocha, 2008. *Mujeres en Veracruz*, Fragmentos de una historia, colección Memorable, Editora de Gobierno del Estado, Xalapa, 2008.



Remembranza histórica y literaria

LUCÍA PRIEGO DE MAGAÑA

Para los cordobeses es motivo de orgullo que en esta heroica ciudad se firmaron los Tratados de Córdoba el 24 de agosto de 1821 y que gracias a este evento histórico se logró el Acta de Independencia de México.

Los argentinos recuerdan con regocijo que el 24 de agosto, pero del año de 1899, nace Jorge Luis Borges, en la ciudad de Buenos Aires, uno de los mejores escritores de Latinoamérica, cuya obra literaria trasciende fronteras y ocupa un lugar privilegiado en el universo de las letras.

En diciembre de 1976 Borges visita México durante cuatro días, gracias a la invitación que le hace una televisora y al insistente empeño de nuestro paisano Miguel Capistrán (+). Se presenta en el programa “Encuentro”; Borges, Juan José Arreola, Salvador Elizondo y Marco Antonio Montes de Oca.

Jorge Luis Borges comenta que siente cariño y predilección por México y que aquí tiene amigos muy cercanos y apreciados: Octavio Paz, Carlos Monsiváis, Salvador Elizondo y Gabriel Zaid.

He releído con sumo cuidado y gran interés una magnífica entrevista que le hizo con su singular y agudo estilo periodístico Elenita Poniatowska a Borges. Él expresa: “La esencia de la literatura está en la concepción, en el momento mismo que se concibe sale la luz”. Ella lo describe como un hombre culto, muy culto, íntegro, excelente conversador, libre pensador, gran humanista y desde luego como un escritor impecable.

Borges recibe el premio “Alfonso Reyes” en 1976 en la capilla Alfonsina y el “Ollin Yoliztli” en 1981, ambos en nuestra nación; también le otorgan innumerables preseas internacionales que avalan su extraordinaria y copiosa producción literaria. Fue candidato al Nobel.

Imposible en este espacio mencionar toda su producción literaria, sólo es importante señalar que inicia con “La Muerte y la Brújula”, volumen que marca el comienzo de su popularidad en Argentina; continúa con “Antiguas Literaturas Germanas”.

La belleza y seducción de sus textos, es consecuencia de su genial talento y dominio del lenguaje, es dueño de una intensa inspiración e imaginación, que lo mantienen siempre inmerso en la creación literaria, modelada con tiempo y amor.

Sus ojos azules se fueron quedando ciegos gradualmente, igual que los de su padre. Borges comenta: “Quiero ser borrado por la



Jorge Luis Borges.

muerte y luego olvidado”.

Pero... ¿cómo olvidar a este gigante de la literatura? Él muere el 14 de junio de 1986 en Ginebra, Suiza, a los 86 años de edad.

Su brillante e inmejorable obra literaria, permanece en la memoria de las letras universales desafiando al tiempo.



Colegio Cervantes en Córdoba: educación para toda la vida...

ROBERTO DE JESÚS OLAVARRIETA MARENCO¹

Como tantos de su generación, mi papá no continuó sus estudios, parece que el énfasis se ponía en otros asuntos y no en la educación, pero sus recuerdos del profesor Gándara y su escuela multigrado lo marcaron a tal punto que nos contaba con frecuencia anécdotas sobre esos primeros años escolares; él fue un gran lector, al igual que mi mamá, quien sí estudió hasta la secundaria —en la Escuela Secundaria y de Bachilleres, Artes y Oficios (ESBAO)—, por eso, en mi casa siempre hubo libros con lectores y se apreciaba la cultura. Mis hermanos aprovecharon más temprano y mejor que yo ese ambiente familiar pero, finalmente, me atrapó también aquel espíritu.

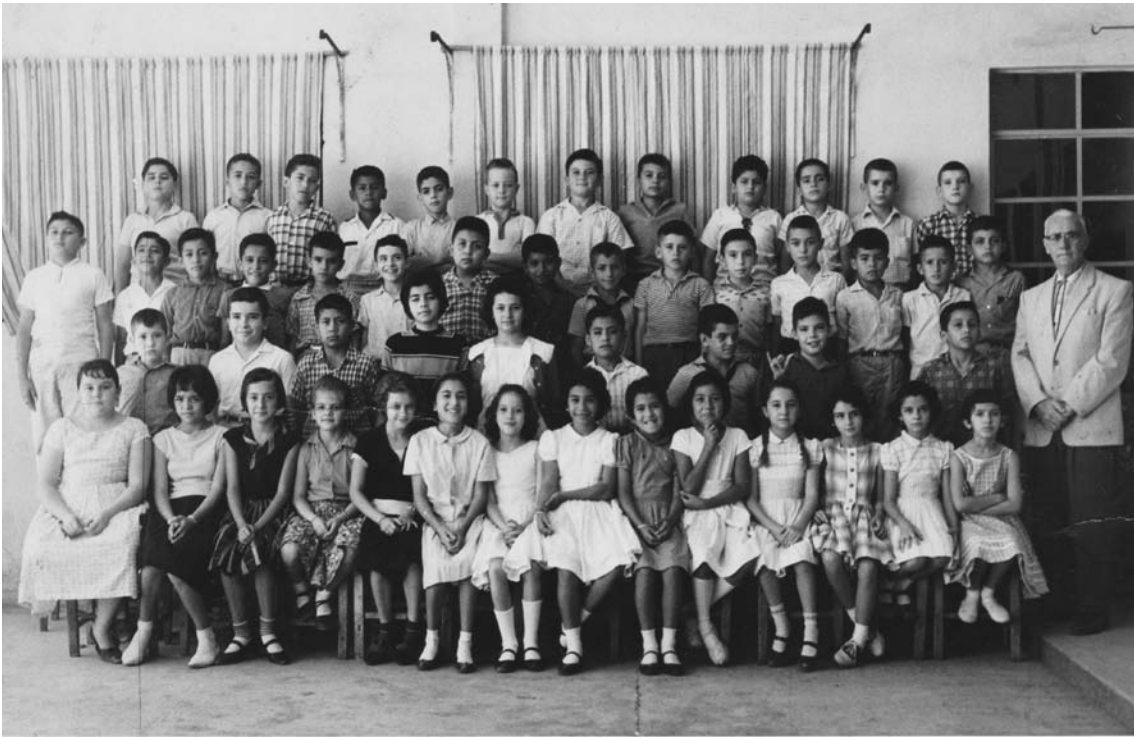
Mis padres, por lo tanto, se preocuparon de que nosotros estudiáramos y por eso todos

lo hicimos. A mis hermanas mayores les tocó asistir a escuela de monjas, el Plancarte en sus diversas sedes: calle 11 y avenida 5 —junto a mi casa—, Portal de la Gloria y el Fraccionamiento Alameda, su actual sede. Cómo disfrutaba sus kermeses, con *cinito* de películas mexicanas de vaqueros en blanco y negro, de Pedro Infante, Jorge Negrete, Luis Aguilar y muchos otros, no sé de qué calidad eran pero en ese ambiente las disfrutábamos mucho; había también stands de casamientos y, sin cometer adulterio, me casé en varias ediciones. Con el peso de la educación en casa, a mis hermanas les fue bien en sus estudios y han sido brillantes —el hermano orgulloso—; Marcela murió hace poco, demasiado pronto, pero dejó publicaciones de antropología y poesía de reconocida calidad. No admitían hombres en el Plancarte en aquellos tiempos.

A nosotros, los tres varones, nos inscribieron, afortunadamente, en El Colegio Cervantes (Grupo Escolar Cervantes) y aunque esta escuela sí admitía mujeres, ignoro por qué a mis hermanas no las mandaron ahí. No se los pregunté pero a mí me sirvió mucho tener compañeras de clase, son hasta la fecha mis amigas, desde luego lo mismo sucede con mis compañeros varones; tanto a ellas como a ellos los considero amigos y estoy seguro que ellos a mí también.

Y es que una buena primaria es la base de una buena educación y lo he comprobado

¹ Advertencia: Cuando diga niños, padres, amigos o todos, me estaré refiriendo a cualquier género, trataré de usar el español que me enseñaron en la primaria —vigente todavía— y no a intentar ser políticamente correcto, como creen ser algunos actualmente. Contacto:rolavarrieta@gmail.com



Grupo de cuarto año del Colegio Cervantes a cargo del Profesor Antonio Bargés Barba. Fotografía no identificada. 1962.

con amigos de diferentes generaciones: todos comparten ese amor a su escuela primaria y sienten, como yo, que en muchas ocasiones lo que nos ha ayudado a sortear situaciones difíciles en la vida, ha sido precisamente esa buena primaria. Y es que ése es el tiempo de la educación elemental para todo: Matemáticas, Español, Historia, Civismo, etc., pero de manera significativa para la vida; ahí aprendimos el respeto y amor por México, la solidaridad, el compañerismo y muchos

otros valores, tan extrañados en estos tiempos que corren.

No sé si ustedes, amigos lectores, han escuchado decir a padres de familia —o hasta lo han expresado quizás— que *lo importante es que los niños aprendan inglés y computación*, porque eso es lo que les permitirá triunfar en la vida actual, y quizás francés o, más bien, ahora, chino también. Pero amigos, los expertos en educación en México descubrieron que la razón de que a nuestros estudiantes mexicanos



les vaya tan mal en los resultados de las pruebas internacionales de Matemáticas que se aplican en los países socios-voluntarios de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), es precisamente que no entienden los problemas ni preguntas que les ponen en el examen ¡escrito en idioma español!, nuestro idioma oficial, el cual se debe aprender en la escuela primaria. Entonces ¿qué importa aprender más?

Por eso es muy delicado decir que se prefiere aprender Inglés antes que Español, Civismo, Filosofía, Lógica o Historia, y en general las materias del área humanística; vaya, a veces hasta las Matemáticas se desprecian, y qué no sucede entonces con la Educación Artística, ésta queda relegada como un adorno nada más, como se suele observar.

Recuerdo otras escuelas primarias de mi infancia: la Cantonal, frente al costado norte del Palacio Municipal, y el Instituto Cordobés, en la contraesquina sureste del Parque 21 de Mayo, en la antigua casa, anexa al Portal de la Gloria, de la familia de Jorge Cuesta, de quien mi amigo escritor y poeta cordobés Pepe Cabada, ha escrito ensayos y novelas que nos permiten apreciarlo más, dejando de lado las anécdotas morbosas. Recuerdo también a la Mascarón para niñas que era laica como la Cantonal y el Cervantes, aunque mixta sólo era esta última. En aquellos tiempos eso no

parecía importar tanto, al menos a mí no, pero ahora sí creo que la educación debe ser para todo género, científica y laica; si se desea una formación religiosa, corresponde a la familia darla, siempre con respeto a las diferentes formas de pensar de las personas de nuestra sociedad.

Debería ser, sin duda, en la familia donde se aprendieran las formas de comunicación de amor y respeto; por eso es muy triste ver la gran cantidad de padres ausentes y de niñas embarazadas, cuyos hijos no tendrán nunca la educación que nosotros tuvimos. Ojalá podamos enmendar esto pronto, nos corresponde intentarlo ¿no?.

Perdón por no mencionar a todos mis compañeros ni a todas las escuelas y amigos que a ellas asistieron, seguramente ellos tendrán sus propios recuerdos similares a los míos, pero lo que sí puedo afirmar es que a los del Cervantes que he podido conocer, tanto de generaciones anteriores como posteriores a la mía, coinciden en lo sólido y útil de su preparación primaria y... ¡se les nota!

Recientemente en *Facebook* vi un video de *Teach For All* donde hablaban sobre las “revoluciones” en la educación: primero con la aparición de los libros impresos, siglos después con la aparición de la radio, la televisión y las computadoras, en una más rápida evolución, hasta llegar a las *lap top*, *tablets*, *smartphones* y, desde luego, a la *Internet* y las *redes*

sociales. Decían, sin embargo, que el papel que ha desempeñado el maestro en dichas “revoluciones” ha sido siempre central y que lo seguirá siendo porque éste es y ha sido el guía del aprendizaje, el facilitador, el retador y, sobre todo, el ejemplo a seguir para los niños, quienes, a su vez, son el centro del proceso educativo y la razón de existir del profesor.

Ahora se sabe que el aprendizaje debe poner atención en las emociones, los sentimientos, los talentos y no sólo en los conocimientos que los niños deben construir con la guía de su profesor y familiares. Los Bargés, Luis, Navarrete y Parrilla, del Cervantes que me tocó en los años cincuenta, ya lo sabían y aplicaban, fueron parte de la vanguardia de su tiempo en Europa y tuvimos el privilegio de tenerlos como profesores; de ellos destaco a Antonio Bargés Barba, español, catalán —preciso—, quien con su severidad y ternura me enseñó a querer a México, el país que los acogió cuando Lázaro Cárdenas era presidente; me enseñó a odiar la guerra porque, con lágrimas en los ojos, nos platicaba de los horrores que pasaron él, su familia y sus amigos en la Guerra Civil española; nos explicaba que esa visión de la guerra que veíamos en el cine y en la televisión —la gran “educadora” de los mexicanos—, en series como Combate, no era real, y nos contaba anécdotas terribles como la del brazo desprendido de un compañero suyo

que le cayó en la cara debido a una bomba que les estalló cerca de la trinchera. Todavía me impresiona eso y me hace comprender que la violencia nunca ha sido solución de nada; menos la educación en la que un golpe a un niño siempre será un abuso de adultos y nunca una forma de educar, ni las todavía defendidas nalgadas que sólo sirven para poner el ejemplo a los niños de cómo se “resuelven” las cosas: a golpes; no nos sorprendamos, entonces, cuando nuestros hijos peguen en la escuela o, peor aún, lo hagan ya siendo adultos, continuando así el círculo vicioso de la violencia; en cambio, quererlos mucho nunca ha hecho daño a nadie.

Recuerdo una mañana en que nos platicaron que se había desplomado el techo de madera de un aula, muy viejo y apolillado, que ya no se usaba de salón; mis recuerdos son vagos pero de lo que sí me acuerdo es que ese salón, ya sin techo, se convirtió en una “cancha de fútbol”, donde jugábamos con mucha garra y poca técnica —al menos yo no la tenía—, en equipos como de 10 contra 10 niños. Ahí las niñas no entraban... o no lo recuerdo y había momentos en los que tres niños de un lado pateaban la pelota y otros tres, del otro lado, lo hacían al mismo tiempo; la pelota ni se movía pero, frecuentemente, se desbarataba en tal trance.

A ese patio-cancha se accedía desde el patio central de las aulas nuevas, de dos pisos, y en él se llevaban a cabo las ceremonias solemnes



Atilano Luis Navarrete, Francisco Parrilla Benita, José Bargés Barba y Antonio Bargés Barba; sentadas: Concepción Escutia de Luis y Luisa Borgés Barba.

de los viernes por la tarde, en las que se cantaba el Himno Nacional y se rendían honores a la bandera que portaban los que se ganaban ese derecho por su buen desempeño académico —alguna vez me tocó ese honor—, bajo la férrea y emocionada vigilancia del profesor de cuarto Antonio Bargés, quien garantizaba el orden y respeto; en esas ceremonias aprendí a cantar el Himno y a respetar con emoción a mi bandera; a querer y conocer a mi país en las

clases de Geografía e Historia de México del profesor Antonio, quien, con lágrimas en los ojos, nos narraba sucesos relevantes de nuestro pasado.

Pues bien, desde ese patio central, como dije, se accedía a la “cancha” y de ahí, por una puerta, a un pequeño patio alargado con tierra, donde se podía jugar a las canicas en el recreo —yo para ningún juego fui bueno, pero a todos le entré—; ese patio debió ser el lugar por donde se iluminaba y ventilaba el cuarto-

cancha, ahora sin techo, y, al mismo tiempo, el otro espacio techado que hacía las veces de lugar de recreo y de almacenamiento de las cajas de libros de texto gratuito que se repartían a otras escuelas de la localidad y, desde luego, a la propia Cervantes.

Esos libros que, acompañando a los profesores del Colegio, nos ayudaron a construir (ahora se dice así) nuestros conocimientos primarios, sólidos, muy sólidos, hoy lo sé. Confieso que, además, nos sirvieron para jugar encima de esas cajas, un aprendizaje quizás ya no tan conveniente porque yo creo que los maltratábamos un poco, pero los profesores no podían vigilarnos hasta ese lugar todo el tiempo, había un poco de libertad que nos permitió ir entendiendo nuestras responsabilidades en la vida; por eso me acuerdo todavía de eso ¿no?

Al kínder me resistí a asistir solo, aunque hubo varios intentos de mi mamá de mandarme a alguno; recuerdo el de la Mascarón —que estaba casi enfrente de mi casa—, al que me quisieron llevar: un par de ocasiones me llevó mi hermana la Güera pero no pudo hacer que me quedara y me regresaba con ella; en una ocasión al fin me quedé pero al darme cuenta que íbamos a dar la vuelta a la manzana por la banqueta acompañados por las maestras, me puse a llorar, no sé si de miedo o de qué pero me tuvieron que dejar encargado con la maestra de piano, *Manolita* Marure, quien

hizo todo lo que pudo para lograr calmarme; ésa fue mi única asistencia a ese kínder.

Posteriormente me llevaron con mi hermano y mi primo al del Cervantes y ahí sí me quede, no sé si por mis parientes o por lo dulce que era la maestra Elsa, eso me enganchó y ya después en todo me fue bien. La maestra *Luisita* Bargés, en primero, consolidó mi lectura y gusto por aprender; en segundo, con la maestra *Conchita* me seguí adaptando, aunque tengo un recuerdo no muy agradable porque en una ocasión no me dejó salir al baño y me mojé los pantalones, con la consecuente burla de mis compañeros, sin embargo, lo superé pronto, todavía me acuerdo.

En tercero, con el esposo de *Conchita* y padre de mi buen amigo y colega Manolo y sus dos hermanas —quienes, a la postre, también serían maestras—, el profesor Atilano Luis Navarrete —eso de apellidarse Luis me costó trabajo entenderlo y, me parece, que a otros también aun hoy en día—, quien me enseñó Aritmética; con él descubriría la tabla pitagórica que estaba en un cartel en la pared, ¡qué maravilla, ahí estaban todas las tablas de multiplicar y en una sola tabla! En cuarto, con Antonio Bargés, llegó el más significativo de mis años en la primaria, como ya he narrado antes. En quinto de primaria, con el profesor y director Parrilla, hubo una gran actividad política porque nos rebelamos contra la



Comisión firmando todos los inconformes un papel que pusimos en su escritorio, ante el desconcierto del profesor; la Comisión era periódicamente formada por una selección de alumnos aventajados que ayudaban a poner orden en el salón; no me acuerdo de la evolución final del suceso pero supongo que la sabiduría del director la llevó a buen puerto.

Recuerdo con cariño el trabajo que le costaba al profesor Parrilla decir “Atlántico”, que a mí me sonaba algo así como “Arftlántico”.

Sexto, con José Bargés, fue una muy buena despedida de la primaria y de preparación para

la secundaria; tiempo después entré junto con mi hermano Luis, fallecido ya, a la ESBAO, pasando previamente el examen de admisión, ¡claro, cómo no!

Estoy seguro que cada uno de los queridos lectores podrá encontrar en sus escuelas y profesores mejores anécdotas y recuerdos de su aprendizaje primero; ojalá todavía las escuelas de ahora cumplan ese papel en sus estudiantes, aunque ante mi desilusión, me he enterado de profesores ausentes y desmotivados, así como de escuelas frecuentemente sin clases.

Novias de la noche, novias de la luna (a las pitahayas)

CARLOS MANUEL GALÁN PÁEZ (MANOLO)

La noche es perfecta. Suave sopla la brisa que lleva una mixtura de fragancias que embelesa el ambiente. La luna por momentos disminuye su intensidad luminosa al cruzarle su rostro algunas nubes. Toda la naturaleza está anhelante... el tiempo es propicio.

Ella se ha puesto su vestido tubular, blanco y vaporoso, adornado de verde tierno y orlado de rojo... ¡es toda fragancia, es dulzura total! —se podría decir que destila miel.

Él ha salido puntual a la cita, va acompañado de sus congéneres. Surca veloz el espacio y captura en la brisa su perfume. Ha recibido el llamado. Hacia ella se dirige, sabe que lo espera. Su encuentro está marcado para hoy. ¡Sólo hoy es la cita, sólo hoy lo espera...! No habrá mañana; pero eso sí, sabe muy bien que después de su unión nocturna nacerá el fruto de su amor. Un fruto dulce y agradable, un fruto resultado de la pasión.

Mañana ella desaparecerá, estará muerta y él, surcará el espacio y esperará nuevamente la noche de la cita.



Flor de pitahaya (*Hylocereus undatus*).

Fotógrafo: Carlos Manuel Galán Páez.



Servicios Médicos Rurales Cooperativos (1954-1964)

RAFAEL DE LA MORA HERRERA

En Córdoba, ciudad heroica e histórica, se puso en marcha una institución para los productores de café que fue precursora de lo que sería posteriormente la Seguridad Social en el campo y que se denominó Servicios Médicos Rurales Cooperativos. Este importante acontecimiento, sin embargo, pasó desapercibido para la mayoría de los cordobeses de entonces, de ahí que pocos recuerden que su sede era una casona solariega ubicada a una cuadra escasa de la Plaza Mayor y del hermoso Palacio Municipal. Dicha construcción era de dos plantas pero únicamente se utilizó la planta baja, donde se estableció, gracias al apoyo del gobierno federal, un servicio médico, quirúrgico y hospitalario para atender a la clase campesina productora de café de las comunidades circunvecinas, representante del sector más vulnerable y necesitado. La casona que albergaba a esta institución estaba ubicada en la calle 1 —entonces cerrada al llegar a la

avenida 5— y pertenecía a la familia Zapata Vela, justo donde actualmente se encuentra la Oficina de Hacienda del Estado y la Delegación de Transporte.

ANTECEDENTES

Debo señalar que la organización médica así como la protección preventiva y educación para la salud de los campesinos, surgió como una consecuencia del reparto agrario que se inició en México durante el régimen del general Lázaro Cárdenas del Río (1934-1940), un presidente que sí fue un verdadero revolucionario ya que transformó las estructuras sociales, económicas y políticas del país: puso fin a la era de los caudillos; acabó con el Maximato; dio vigencia a la reforma agraria; vitalizó el sindicalismo; nacionalizó los ferrocarriles; intentó darnos la independencia económica con la expropiación petrolera (1938); creó el Instituto Politécnico Nacional, que ha sido el origen y semillero de nuestros técnicos; abrió las puertas del país a alrededor de cuarenta mil refugiados españoles, entre los cuales llegaron científicos, intelectuales, técnicos y grandes profesionistas que vinieron a reforzar la industria, la ciencia y la cultura de nuestro país; luchó contra el fanatismo mediante el impulso a la educación socialista.

Cárdenas nunca negó su ideología socialista, tan es así que durante su administración se modificó el artículo 3° de la



Fin de curso de Auxiliares de Enfermería. Al frente, Enfermera Carmen Marrufo y Dr. Gustavo García Rivera.

Constitución, según el cual la educación debería ser gratuita, laica y socialista.

Amó entrañablemente a los campesinos. Él no fue campesino, ni nunca se disfrazó como tal, su atuendo fue siempre solemne, usó siempre traje oscuro, era serio y de respetar, y su mayor cualidad fue el saber escuchar.

Preocupado al no ver los resultados del reparto agrario, ya que éste fue un fracaso tanto en la región lagunera como en la zona henequenera de Yucatán, Cárdenas siempre estuvo pendiente que se apoyara económica y técnicamente a la gente del campo, a fin de lograr su desarrollo y así pudieran salir de su atraso ancestral. Fue precisamente durante su administración cuando se fundaron los

Servicios Médicos Ejidales y se construyeron hospitales tanto en la comarca lagunera como en Mérida, para los henequeneros, extendiéndose la atención a los estados de Sonora, para los productores de garbanzo y trigo (en Vicam), de San Luis Potosí, de Nayarit, para los ixtleros y candelilleros, y de Veracruz, para los productores de caña de azúcar. En la entidad veracruzana se instalan, a mediados de 1951, los Servicios Médicos Ejidales en la congregación Miguel Alemán (Potrero Nuevo) del municipio de Atoyac, mismos que eran dependientes de la Secretaría de Salubridad y Asistencia del sistema federal, con una dirección general en la Ciudad de México, D.F. El objetivo era ofrecer, por primera vez, atención médica y



hospitalaria integral a los productores de caña de azúcar en la zona, cuyas familias tendrían derecho a consulta médica, atención de partos, cirugía general y hospitalización. Asimismo se instalaron unidades de atención en otras comunidades como Paso del Macho, Yanga, Omealca, Motzorongo, Cuitláhuac, Amatlán y Camarón.

Posteriormente se integró una Comisión Mixta Cañera, dependiente de las organizaciones campesinas y de los ingenios, por lo que a los Servicios Médicos Ejidales se les denominó Servicios Médicos Cañeros, mientras que los primeros fueron trasladados a la Médicos Cañeros, mientras que los primeros fueron trasladados a la ciudad de Córdoba en el año 1954, pero ya con el título de Servicios Médicos Rurales Cooperativos, a fin de darles la atención a los productores de café. Para poder recibir el servicio, los cafecultores tendrían que hacer un pago anual de 150 pesos, cantidad que se agregaría al préstamo que les proporcionaba el Banco Ejidal para atender su parcela o ejido, pero cabe aclarar que dicho pago era totalmente voluntario, es decir, al recibir el dinero que les prestaba el Banco se les preguntaba si querían o no la prestación médica, respetando así el valor más grande de todo ser humano, como es la libertad.

En Córdoba, la Unidad Central de la insinstitución contaba con: oficinas

administrativas, un aula, sala de rayos x, farmacia, tres consultorios, sala de encamados (hombres y mujeres), quirófano, laboratorio de análisis clínicos, consultorio dental con su equipo, sala de curaciones y aplicación de inyectables, y en ella se atendía a la población adscrita de las comunidades cafetaleras de Agustín Millán, San Rafael Calería, Villanueva, Vázquez Vela, Colonia Morelos, Fresnal, Zapopan y Cotlaixco.

Asimismo se crearon unidades para atención médica y dotación de medicamentos en: Orizaba, dentro de las oficinas del Banco Ejidal de esa ciudad y atendida por el Dr. Rodolfo Miranda Naveda; en Huatusco, atendida por el Dr. Eduardo Acosta Gómez y que cubría a parte de la población adscrita de Mata de Indio, Mata Oscura, Tlavitecpán, Pinillos, Comapa y Tlacotepec de Mejía. También se instalaron puestos de atención en las comunidades cercanas a Córdoba como Neria, Chocamán, Ixhuatlán del Café, Zapopan, Ixtaczoquitlán, Tomatlán y Coscomatepec.

Además de los servicios asistenciales, a los productores de café se les atendía preventivamente con vacunaciones periódicas. Independientemente de las enfermedades que se podían prevenir, también se les educaba en la salud, se les construían letrinas, se integraban comités con la misma población para preservar y cuidar el medio ambiente, se les instruía y

divertía con un teatro guiñol ambulante, se controlaban e instruían a las parteras empíricas, y asimismo se les ofrecía revisar a las mujeres en caso de que tuvieran alguna duda sobre la evolución de su embarazo si se les detectaba alguno de los síntomas de preeclampsia o edemas en miembros inferiores.

EVOLUCIÓN DE LOS SERVICIOS MÉDICOS RURALES

En el año 1956 se tuvieron que ampliar las instalaciones de la Unidad Central de los Servicios Médicos Rurales Cooperativos en la ciudad de Córdoba, por lo que se rentó también la planta alta del edificio que ocupaba, donde se instalaron: quirófano, sala de labor y atención de partos, sala para parturientas que se mantenían internadas dos a tres días, un mayor número de camas para hombres y mujeres, una sala para rehidratación, un internado para menores, sala de aislamiento para enfermos contagiosos, sala de reposo para los médicos residentes que se hacían cargo de la atención nocturna.

Para el año de 1961, los dueños del inmueble ya no quisieron renovar el contrato de renta al haber vendido el edificio al gobierno del estado, por lo que se tuvo que buscar un nuevo domicilio. Así, la institución se trasladó a la avenida 1, entre calles 9 y 11, en planta alta de un edificio que había ocupado una casa de

de asistencia denominada La Troya, porque en la inferior había centros comerciales como Mueblería Galicia y la zapatería La Barata.

En el año 1964, por decreto presidencial, la seguridad social de los trabajadores del campo pasa a ser responsabilidad del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), institución que había sido creada en 1943 para los trabajadores urbanos, y al personal de los Servicios Médicos Rurales Cooperativos se le ordena que se adscriban a los Servicios de Salud del Estado, pasando a formar parte del Centro de Salud de la ciudad, al mismo tiempo que desaparecen el servicio de cirugía y los internados. Cuatro años después, en 1968, finalmente, los Servicios Médicos Rurales Cooperativos, dependencia de la Secretaría de Salubridad, dejan de existir como tal.

LO MÁS VALIOSO DE LOS SERVICIOS MÉDICOS RURALES COOPERATIVOS: SU PERSONAL

Cuerpo médico: Dr. Octavio de la Peña Vázquez (director), Dr. Gustavo García Rivera, Dr. Rafael de la Mora Herrera, Dr. Carlos Rendón Alvarado (epidemiólogo), Dr. Rodolfo Ramírez Girón (anestesiólogo), Dr. Samuel Serrano (encargado del laboratorio de análisis clínicos) y Dr. Rafael Carrera G. (odontólogo, encargado del servicio dental).

Trabajo social: Trabajadora social Carmen González Alfaro (encargada).



Dr. Octavio de la Peña Vázquez, primer director fundador y cirujano de la Unidad Central de los Servicios Médicos Cooperativos Rurales, en la ciudad de Córdoba, Ver.

Personal del cuerpo de enfermería: Enfermera Filomena Ambriz Damián (jefa y encargada de la central de equipos y esterilización —CEyE— y quirófano).

Enfermeras y parteras tituladas: Juana Solís Contreras, Gloria Morales García y Ana María Carvajal Saavedra.

Auxiliares de enfermería: Evangelina Ávila Vélez, Belén Castro, Primitiva González Medel, Epifania Castro Utrera, Magdalena Villaseñor, Lilia Pernía, Alicia García, Concepción Ramos y Herlinda López.

Enfermera auxiliar de laboratorio: Lucila Reyes Aguilar.

Enfermeras especialistas: Alicia Piña Ponce, enfermera sanitarista, encargada del programa de Control y Adiestramiento de Parteras Empíricas, a quienes se les había convencido de lo necesario que les era conocer aspectos sanitarios y el manejo adecuado de la enferma durante el embarazo y en el acto del parto. Además se les ayudaba cuando tuvieran algún problema con alguna de sus pacientes, en cuanto ellas notaran alguna alteración en la madre o en el producto, por lo que se les otorgaba consulta periódica a cada una de sus pacientes sin cobro alguno y cuando tenían alguna situación difícil durante el parto, ellas las llevaban a nuestra institución y se les atendía con una remuneración económica de tipo simbólico. Por si fuera poco, la enfermera Piña

Ponce se encargaba de supervisar y controlar las campañas de vacunación para la población adulta e infantil, y de la aplicación de las vacunas contra la difteria, tétanos y tosferina, así como la antipoliomielítica.

Carmen Marrufo, enfermera promotora de Servicios de Salud, directora, encargada y maestra de la Escuela de Adiestramiento de Auxiliares de Salud de la comunidad. Directora del teatro guiñol ambulante, con el que las auxiliares de salud visitaban las poblaciones a fin de entretener y educar en la salud a la población en general; el teatro guiñol, por cierto, tuvo muy buena aceptación entre las comunidades rurales y un clamoroso éxito entre la niñez campesina.

Personal administrativo: Héctor Romero Limón (contador), Jesús Arellano Martínez (almacenista y líder sindical), Jesús Ávila Mendoza (encargado de estadística) y Luis Vélez Pérez (chofer).

Intendencia: Epifanio Gómez Nájera y Víctor Hernández Calderón.

Encargado de saneamiento ambiental y construcción de letrinas: Jaime Hernández Calderón.

COMENTARIOS FINALES

Lo más admirable de nuestra institución fue que siempre se respetó el valor más grande del ser humano, la libertad, ya que nuestros

servicios siempre fueron ofrecidos a nuestros hermanos del campo en forma optativa y nunca fueron obligatorios. Porque, como ya dije, cuando los trabajadores solicitaban un apoyo económico al Banco Ejidal, se les preguntaba si querían el servicio médico, ya que la aportación para el mismo se les agregaba a la cantidad que se les otorgaba como préstamo para solventar los gastos de su parcela o ejido; la cuota anual era de 150 pesos por la inscripción de cada trabajador y de su núcleo familiar, así ellos podían aceptar o rechazar la atención de los Servicios Médicos Rurales Cooperativos.

Lo que caracterizó a nuestro personal fue que cuando surgía una contingencia en la que se tenía que laborar más del tiempo estipulado, nadie, absolutamente nadie exigía una remuneración extra, sin excepción: médicos, enfermeras, auxiliares, administrativos y chofer, demostrando así su entrega y amor a su trabajo y a sus semejantes, los campesinos.

Eso ya no se ve ni se verá, seguramente, en ninguna otra institución pública, de ahí mi reconocimiento y gratitud para todos mis compañeros de esa época en que, de manera desinteresada, dimos a los que más lo necesitaron en circunstancias especiales.



25 años después de Anaversa en Córdoba. Crónica sobre la presentación del libro *México tóxico*

FELIPE JAVIER GALÁN LÓPEZ

En Córdoba, uno de los temas sobre los que muy poco se quiere hablar es el accidente de Anaversa (Agricultura Nacional de Veracruz), ocurrido la tarde del viernes 3 de mayo de 1991.¹ Eso se debe a varios factores, algunos de los cuales tienen que ver con que la herida sigue abierta entre buena parte de la población local, principalmente de las colonias donde el impacto del accidente fue directo, como, por ejemplo, el histórico barrio de Las Estaciones o las colonias Aguillón Guzmán o López Arias, entre otras. Muchas personas a quienes el accidente impactó en sus vidas, y que fueron parte de la Asociación de Enfermos y

Afectados por Anaversa o que han sufrido por la pérdida de algún familiar, a consecuencia de los químicos que se expandieron por la zona densamente poblada, se niegan a hablar sobre lo ocurrido, algunos por miedo, otros por enojo y algunos más porque prefieren dejar en el olvido lo sucedido.

Al paso de los primeros 25 años, y a pesar de que la prensa local no ha dejado de reseñar lo importante que fue el accidente en la historia reciente de Córdoba, ha habido muy pocos eventos para recordar y reflexionar sobre los daños y efectos que tuvieron y que seguirán teniendo los químicos sobre el medio ambiente y entre buena parte de la población cordobesa. Paradójicamente, en muchos lugares del país y del mundo el caso Anaversa ha tenido un seguimiento, y se han realizado a lo largo de estos años varias investigaciones, cuyos resultados debe conocer la ciudadanía y tener en cuenta. Para organizaciones internacionales como Greenpeace, el caso Anaversa se encuentra entre los accidentes químicos más relevantes y dañinos a nivel mundial sucedidos en el siglo XX. Según David Jaramillo Velásquez, Greenpeace lo cataloga de la siguiente manera: “Córdoba, Veracruz ocupa el tercer lugar mundial en contaminación del medio ambiente, por las sustancias tóxicas liberadas en este siniestro. El segundo y primer lugar, corresponden a Seveso,

¹ “Entre las emergencias químicas más graves ocurridas en México, destaca la explosión en la formuladora de plaguicidas Agricultura Nacional de Veracruz, cuyas causas y consecuencias siguen vigentes más de 24 años después” (Albert, 2015: 155).



La Dra. Lilia Albert y los expositores. Fotografía de Rosalina Hidalgo.

Italia (1976), con un saldo de casi 37 mil 500 afectados; y Bophal, India (1984), con más de cuatro mil muertos y casi 300 mil enfermos” (Jaramillo Velásquez, 2002). Es también de resaltar el video documental *El perro que ladra a la luna* (2005) de Charo Ruiz Gitrama y Sandra Soler Peytron, que expone de manera detallada, puntual y con base en una serie de entrevistas a los principales actores políticos, a ciudadanos e investigadores, lo ocurrido en Córdoba en 1991.

El pasado mes de mayo, al cumplirse 25 años de este accidente, se llevaron a cabo varios eventos para recordar lo sucedido: una misa, en la que participaron tanto activistas como la propia gente que vivió de cerca la tragedia y familiares de personas que murieron por efectos en la salud derivados de los químicos, y algunas exposiciones de colectivos de jóvenes artistas que expresaron su sentir sobre el caso Anaversa, plasmando en sus obras su creatividad e ingenio. Si bien, como año con



año, las conmemoraciones tuvieron lugar, éstas pasaron casi desapercibidas por el grueso de la población cordobesa, mucha de la cual desconoce el accidente y la importancia que tuvo en su momento.

A iniciativa de varios grupos organizados y estudiosos que forman parte del Colectivo Académico de Estudio y Difusión del Caso Anaversa, el Centro Ciencia y Desarrollo de la Complejidad Humana y Verarte, entre otros, además de investigadores de la Universidad Veracruzana y la Universidad Popular Autónoma de Veracruz (UPAV) e investigadores independientes, se realizaron una serie de actividades académico-artísticas, entre las que es necesario destacar la presentación en Córdoba del libro *México tóxico. Emergencias químicas* de Lilia Albert y Marisa Jacott, tanto en la Casa de la Cultura de Córdoba como en la sede de la UPAV en la ciudad de Orizaba, los días 3 y 4 de mayo del presente año, respectivamente.

En Córdoba se llevó cabo el coloquio denominado Anaversa, un aprendizaje a la química, clínica y derechos humanos, donde se presentaron diversos trabajos, reflexiones e investigaciones, y se contó con la presencia de la doctora Lilia Albert, especialista en análisis ambientales y toxicología y una de las investigadoras más reconocidas en América Latina sobre accidentes químicos, quien presentó cifras y datos que a través de muchos años ha recopilado y que muestran la gravedad

de los efectos químicos derivados de dicho accidente. Además, en el coloquio se contó con la participación de los doctores Beatriz Torres Beristain y Ramón Rocha, quienes han dedicado parte de sus trabajos académicos a la investigación del tema y han dado seguimiento al caso Anaversa, entre otros participantes; asimismo, en ese marco, se inauguraron varias exposiciones artísticas y se dictó una conferencia virtual en la ciudad de Orizaba.

El libro *México tóxico* contiene varios capítulos sobre tragedias y accidentes de químicos en el país y hace referencia a las mayores que tuvieron lugar en el mundo, como la de Seveso, en Italia, la de Bhopal, en India, y por supuesto, la de Anaversa en Córdoba. En el capítulo “Anaversa, un crimen impune”, Lilia Albert presenta no sólo la descripción de los hechos sucedidos en mayo de 1991, sino que muestra el resultado de sus investigaciones: los efectos contaminantes a corto y largo plazo en la población de Córdoba y otros municipios del centro de Veracruz; el actuar de las autoridades locales, estatales y federales y de la Comisión de los Derechos Humanos; las acciones colectivas que se organizaron y que desembocaron en una Asociación Civil, y sobre todo, presenta diez lecciones² que ha dejado el caso

² Para conocer las 10 recomendaciones hechas por Lilia Albert, léase su artículo completo “Anaversa, un caso impune”. (Albert, 2015).

de Anaversa a la sociedad en general y en especial a la cordobesa, entre ellas Albert propone lo siguiente: 1) establecer reglas estrictas para el uso del suelo en el caso de las empresas que utilizan, almacenan o generan materiales peligrosos y, desde luego, hacerlas cumplir estrictamente; 2) instaurar oportunamente planes locales para la prevención de emergencias químicas y para su atención correcta, en caso de que ocurran; 3) preparar a los grupos locales de primera respuesta —bomberos, paramédicos, etc.— y dotarlos de todo lo necesario para sus actividades (Albert, 2015: 167).

Durante su participación en el coloquio ya referido, la doctora Albert logró llamar la atención de los asistentes, un nutrido, interesado y entusiasta público que hizo preguntas, principalmente, sobre los efectos tóxicos a largo plazo y acerca de las principales enfermedades que se vienen presentando entre diferentes sectores de la población cordobesa, en particular el aumento de casos de enfermedades crónico-degenerativas, como el cáncer, y que en su mayoría no han sido documentadas y no se les ha dado seguimiento.

Por ello, a propuesta de todos los panelistas, además de la doctora Albert, se insistió en la vigencia del tema y en que la participación ciudadana y de las autoridades municipales y estatales es primordial, ya que siguen sin conocerse los efectos y el total de personas que han muerto directa e indirectamente.

A 25 años del accidente **ANAVERSA**

Presentación del libro:

MÉXICO TÓXICO
EMERGENCIAS QUÍMICAS
LILIA AMÉRICA ALBERT • MARISA JACOTT

PARTICIPAN:

Dra. Lilia Albert Palacio

Dr. Víctor Abaso Palacio (UVI)

Ing. Alfredo Salazar (UPAV)

Dra. Beatriz Ram Beristain (UV)

Lic. Rosalinda Huerta Rivas

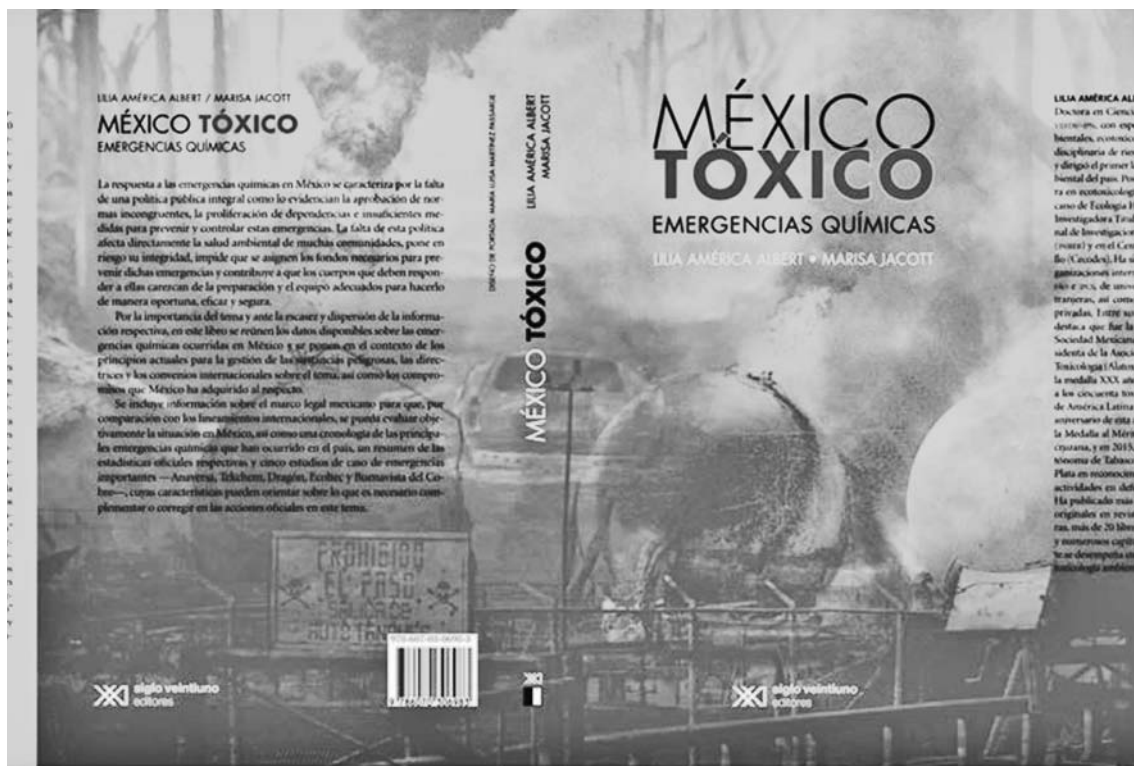
Martes 3 de mayo 2016, 19h00.
Casa de la Cultural, sala Eugenio Luna.
Av. 3 #310, Córdoba, México.

25 años del accidente anaversa

siglo veintiuno editores 5 años

El Cartel de la presentación del libro *México Tóxico* y participantes.

Albert, en su obra, comenta que, en el caso de Anaversa, hubo deficiencia en la información:



Portada y contraportada del libro *México Tóxico*.

Después del incendio se supo que las autoridades municipales y el cuerpo de bomberos suponían que Anaversa era solamente un almacén y distribuidora de plaguicidas y desconocían sus actividades de formulación [...], las autoridades tampoco tenían información sobre los posibles productos de degradación y reacción de los plaguicidas que se incendiaron; mucho menos sobre sus efectos adversos a corto

y largo plazo sobre la salud. Sin embargo por las características de dos de ellos (pentaclorofenol y 2,4-D), las consecuencias del accidente forzosamente tuvieron que haber sido muy graves, puesto que, al estar sometidas a altas temperaturas, de manera espontánea esos plaguicidas generan dioxinas, las cuales son contaminantes de elevada persistencia y gran toxicidad crónica, lo

que las autoridades locales y federales de salud y ambiente prefirieron no tomar en cuenta (Albert, 2015: 163).

A 25 años de lo sucedido en Anaversa, la población, principalmente la más joven, tiene derecho a conocer lo sucedido en Córdoba la trágica tarde del 3 de mayo de 1991. Es de destacar que durante la presentación del coloquio y del libro, la asistencia principal a dichos eventos estuvo constituida por jóvenes, y muchos de ellos se atrevieron a expresar en pinturas y murales su sentir acerca del caso. Anaversa es un tema incómodo, sin embargo, los efectos e impacto en el medio ambiente y en la salud de los cordobeses no se pueden ocultar, pues hay un crecimiento acelerado de casos de cáncer entre la población cordobesa, y aunque seguramente no todos ellos tienen que ver con el nocivo coctel de tóxicos que se esparcieron por el aire, los arroyos y los ríos de la región central de Veracruz, es real que los cordobeses vivimos una de las historias de omisión y de daño ambiental más dramáticas del siglo XX, donde fuimos literalmente fumigados por una nube tóxica, cuyos efectos negamos sustancialmente y queremos seguir omitiendo... Sin duda, el libro *México tóxico* es un referente esencial para entender las dimensiones y los daños del accidente de Anaversa, y para empezar desde casa a no seguir negándolo...

Fuentes

Albert, Lilia, 2015. “*Anaversa, un crimen impune*”, en Lilia América Albert y Marisa Jacott, *México tóxico. Emergencias químicas*, Siglo XXI editores, México.

Jaramillo Velásquez, David, 2002. “Antesala de la muerte”, *Contralínea*, en: <http://www.contralinea.com.mx/c7/html/sociedad/antesala.html>, consultada el 28 de julio de 2016.



H. AYUNTAMIENTO 2014/17

CÓRDOBA

FUNDADA EN 1618



Consejo de la
Crónica de
Córdoba

Crónicas de Córdoba número 2 se terminó de imprimir en la ciudad de Córdoba, Veracruz, en agosto de 2016.

El tiraje consta de 700 ejemplares y fue realizado por la Coordinación de Comunicación Social del H. Ayuntamiento de Córdoba, Veracruz 2014-2017.



H. AYUNTAMIENTO 2014/17

CÓRDOBA

FUNDADA EN 1618



Consejo de la
Crónica de
Córdoba

